

PUNTO  
ROJO

# una cigarra canta tu muerte

keith luger



UNA CIGARRA CANTA SU MUERTE

**KEITH LUGER**

# **UNA CIGARRA CANTA TU MUERTE**

**Colección PUNTO ROJO n.º 125**  
**Publicación semanal**  
**Aparece los SABADOS**

**EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**  
**BARCELONA**  
**BUENOS AIRES**  
**BOGOTA**



DEPOSITO LEGAL B 20.325 - 1964

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

1.<sup>a</sup> EDICIÓN SEPTIEMBRE - 1964

© KEITH LUGER - 1964  
SOBRE EL TEXTO LITERARIO

©  
SOBRE LA CUBIERTA

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**  
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1964

**Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia**

## CAPÍTULO PRIMERO

—¿Y cuál es el motivo de su viaje a Jamaica, señorita Limat?

Simone miró a su compañero de viaje. Había dicho llamarse Roger Lebrun. En realidad, sólo hacía dos minutos que había empezado a hablar con ella porque él pasó la mayor parte del vuelo durmiendo, pero al despertarse se había mostrado como un gran parlanchín.

Roger Lebrun vivía en París y era propietario de una fábrica para accesorios de automóviles. Aquel viaje a Jamaica era una parte de su periplo por América del Sur. Iba a colocar su mercancía.

Simone observó la cabeza de Lebrun. Era calvo y tenía una cara simpática, un poco picaresca. Seguro que haría buenos negocios en aquel viaje. Daba la impresión de ser uno de esos hombres que no consentiría ser engañado.

—Voy a ver a mi tío.

—¿Su tío vive en Kingston?

—Desde hace ocho años. Es el profesor Bernard Gilles.

—¿Tiene un laboratorio allí?

—Oh, no.

—¿Catedrático de alguna Universidad o colegio?

—Tío Bernard eligió Jamaica como retiro. No quiso saber nada del mundo.

—Comprendo. Debe ser un hombre inteligente.

—Lo es.

—Naturalmente, no sólo lo decía por su capacidad intelectual, sino por esa magnífica idea de apartarse de la sociedad y de todo lo que nos rodea. ¿Fuma, señorita Limat? —El señor Lebrun sacó una pitillera de oro.

—Ahora no, gracias.

—Imagino que no estaremos llegando.

—Falta una hora.

—Bueno, entonces puedo fumar, si es que no le molesta el humo.

—En absoluto, señor Lebrun.

—Supongo que se hospedará en la casa de su tío —dijo él después de encender.

—Sí.

—¿La estará esperando en el aeropuerto?

Simone sonrió.

—No.

—De modo que le va a dar una sorpresa.

—Eso es.

—¿Desde cuándo no la ve su tío?

—Ocho años, desde que él salió de Francia.

—Oh, entonces la sorpresa va a ser grande...

—Creo que lo será para tío Bernard.

—Eso quiere decir que no conoce a nadie en Kingston a excepción de su tío.

—No, desde luego.

—Bueno, yo estaré un par de días en Kingston y también es mi primer viaje. ¿Qué le parece si cenamos juntos alguna noche?

—Me temo que eso será imposible.

—Quiere estar todo el tiempo con su tío.

—Sí, señor Lebrun.

—El merece un castigo por acaparar a una muchacha tan bonita.

—Es usted muy amable.

—De todas formas, si cambia de opinión, me hospedaré en el hotel Regent. Recuérdelo.

—No lo olvidaré pero, sinceramente, creo que no iré.

—Me toma por un conquistador, ¿eh?

—Oh, no, señor Lebrun.

—Soy casado y tengo tres hijos. Le enseñaré las fotografías.

Era lo de siempre, el hombre casado enseñaba las fotografías de sus hijos y Simone apostó consigo misma a que no le enseñaba la de su mujer. Acertó. Sólo mostró la de los chicos. Todos muy monos. El más pequeño con cara de travieso. La chiquilla, que podía tener de doce a trece años, enseñaba la lengua al fotógrafo.

—¿Qué le parece?

—Muy ricos —dijo Simone, aunque por nada del mundo hubiese deseado pasar un solo día como invitada del señor Lebrun. Seguro que el pequeño le metería ranas en la cama y la mayor le sacaría la lengua cuando ella, Simone, estuviese de espaldas.

—Ya ve que no hay peligro por esa parte —dijo Lebrun, guardando las fotografías—. Soy un hombre fiel a mi mujer. En cuanto llegue le pondré una conferencia para tranquilizarla. Un hermano de ella murió en un accidente. Su avión se estrelló. Desde entonces, Emma sufre mucho cuando yo viajo por el aire. Perdón, no debería hablarle de esto cuando estamos a unos cuantos miles de metros de la tierra...

—No se preocupe, creo que llegaremos sin novedad.

—Ya he visto por sus manos que no es casada.

—Efectivamente, señor Lebrun.

—¿Prometida?

Simone dio un suspiro. Hacía su viaje precisamente para encontrar una respuesta. Claude Morelle le había pedido que fuese su esposa. El bueno y servicial Claude, profesor adjunto de Literatura Europea en Grenoble.

No sabía si lo amaba. A veces deseaba su compañía pero, cuando Claude estaba cerca, prefería estar sola. Demonios, no podía imaginar que el amor fuese algo tan complicado.

Se dio cuenta de que Lebrun la miraba con las cejas enarcadas, esperando una respuesta.

—Bueno, hay un chico...

—¿Sólo uno...? Usted merecía una docena.

—Me refería a que sólo hay uno con intenciones serias.

El fabricante de accesorios para automóviles esbozó una sonrisa y dio un manotazo en el aire.

—Hágase querer. Soy un hombre con experiencia. Por eso hablo... A veces las precipitaciones cuestan caras... Ahí tiene el caso de mi hermano. Se casó a los veintitrés años... Pobre desgraciado... Ella por un lado, él por otro... Terrible, señorita Limat.

—Comprendo.

—Y tienen dos hijos. Imagínese, dos hijos... Pobres desgraciados... Naturalmente, yo hago por ellos todo lo que

puedo... ¿Sabe cómo me llaman? El gran tío Roger... Están internos en un colegio y yo lo pago... Así es la vida, señorita Limat... Unos irresponsables traen hijos al mundo, ¿para qué? Para que el tío cuide de ellos...

—Usted recibirá el premio algún día.

—Oh, sí, es lo que mi hermano me escribe desde Australia. «Dios te bendiga», me dice.

—Y debe bendecirle, puesto que es un hombre afortunado en los negocios...

—No me puedo quejar. Marcho bien. Voy viento en popa, pero no crea que no me cuesta mi trabajo...

—Oh, sí... todo cuesta.

—Trabajo doce horas al día. ¿Me oye...? Doce horas. Tengo que dormir en cualquier sitio... En un sillón... Aquí me he dormido, como usted ha visto... Oh, si yo le contase... ¿A que no sabe dónde me dormí una vez?

—¿Dónde?

Roger miró a la izquierda, por si alguien escuchaba.

—¿Quizá mientras tomaba el baño?

—Peor que eso, señorita Limat. El ministro del Interior vino a mi fábrica y pronunció un discurso... ¿Se da cuenta qué catástrofe? No sé si el ministro se percató. Creo que sí. Después de eso, he ido a verlo un par de veces a su ministerio y me ha echado una mirada como no se puede usted imaginar. Para dejarme muerto.

Simone sonrió.

El señor Lebrun había pegado la hebra y ya sería muy difícil detenerlo.

Así fue. Su compañero de viaje le habló del chalet que había comprado en Antibes dos años antes y de otras muchas cosas. Estaba disparado.

Simone dio un suspiro porque no tenía más remedio que soportar el chaparrón.

El taxi conducido por el chófer negro corría por una buena autopista hacia las afueras de Kingston.

Benard Gilles vivía en una casa con jardín, ubicada en una zona residencial.

Simone conocía la casa porque su tío le había mandado algunas fotografías en las que se encontraba a la puerta del jardín.

El chófer negro le entregó la maleta y ella pagó la carrera.

Esperó a que el auto hubiese desaparecido y caminó hacia la casa. El jardín y el porche de ésta estaban desiertos y el silencio era tan sólo interrumpido por los pájaros que pululaban por entre los árboles.

Simone abrió la cancela y cruzó el jardín.

Oprimió el botón de la puerta y esperó.

Al cabo de un par de minutos le abrió un hombre que no era su tío. Alto, moreno, de ojos sagaces. No tenía aspecto de criado.

—Buenos días —dijo Simone—. Soy la sobrina del señor Gilles.

Su interlocutor no dio muestras de sorpresa.

—Bienvenida, señorita Limat.

—¿Puedo pasar?

—Desde luego.

Simone entró en el vestíbulo, envuelto en la penumbra.

—¿Dónde está mi tío?

—Perdón, señorita Limat, pero él no se encuentra aquí.

—Ya, fue a la ciudad...

—No, señorita Limat. Su tío está en México.

—¿En México? —repitió Simone con asombro.

—Se marchó la semana pasada.

—Oh...

—¿La esperaba su tío...? Él no me dijo nada.

—No, no le avisé. Quise darle una sorpresa. Por favor, ¿quién es usted?

—El secretario de su tío. Mi nombre es Phil Donen. Por un momento he creído que se había perdido su carta.

—No, señor Donen, no escribí, pero comprendo que fue una gran tontería por mi parte. ¿Cuándo regresará tío Bernard?

—Al final de mes.

—Faltan entonces dos semanas...

—Sí.

—Oh, qué contrariedad...

—Sin embargo, puede quedarse.

—¿Vive usted aquí, señor Donen?

—Desde luego.

—Bueno, no es que sea una chica mojigata, pero me iré a un hotel.

—Como usted quiera... Puedo recomendarle uno.

Simone recordó al fabricante de accesorios para automóviles.

—No, gracias —dijo—. Ya tengo uno.

—¿Cuánto tiempo estará en Kingston, señorita Limat?

—Pensaba quedarme dos o tres semanas, pero ahora no sé lo que haré.

—Comprendo. De todas formas, espero me anuncie su decisión. Ya sabe, es para informar a su tío.

—Descuide, le diré si me quedo o me marcho.

—Muchas gracias... Llamaré a un taxi para que la lleve de regreso a la ciudad.

—Si es usted tan amable...

Donen desapareció por una puerta.

Simone lo oyó utilizar el teléfono.

Una vez más, se dijo que había sido una tonta al querer dar una sorpresa a tío Bernard. Pero ¿quién iba a pensar que no lo encontraría en Kingston? Daba por supuesto que no se movería de Jamaica.

Phil Donen regresó.

—El taxi vendrá enseguida, señorita Limat.

—Dígame, señor Donen, ¿a qué fue tío Bernard a México?

—Fue invitado a pronunciar unas conferencias.

—¿Dónde?

—Por todo el país. Universidades y otros centros de estudios.

—Creí que mi tío había dejado eso. Hace cosa de un año me escribió una carta diciendo que cada día odiaba más lo que ha venido en llamarse relaciones públicas. Quería estar solo en su casa, leyendo lo que no había podido leer.

—Es cierto, señorita Limat. Pero, a veces, los hombres importantes no pueden evitar ciertos compromisos. Su tío está reconocido como una autoridad en el campo de la biología. Usted misma reconocerá que, con esa aureola, es difícil o imposible no aceptar cierta clase de ofertas.

—Tío Bernard tampoco me habló de usted. ¿Cuánto tiempo lleva con él?

—Ocho meses... Perdone, señorita Limat, no le he ofrecido nada. Quizá le gustaría tomar una taza de té...

—Oh, no.

—¿*Whisky*?

—Nada, muchas gracias. ¿Me dará usted la dirección de mi tío?

—¿Cómo?

—Ya sabe, para informarle...

—Lo siento, pero no sé dónde pueda encontrarse en este momento. El viaje del profesor Gilles estaba muy cargado de actos. No dejó ninguna dirección. Cabe la posibilidad de que él escriba. En ese caso yo me pondría en contacto con usted. ¿En qué hotel se hospedará?

—Hotel Regent.

En aquel momento se oyó un automóvil.

—Creo que es su taxi —dijo Donen, y abrió la puerta—. Acerté. La ayudaré a llevar la maleta.

—No se moleste...

—No es molestia.

Phil Donen tomó la maleta de Simone y salió de la casa seguido de la joven.

El conductor era esta vez un mulato.

Cuando al fin Donen hubo dejado la maleta en el portaequipajes, hizo una inclinación y sonrió a Simone.

—Celebro haberla conocido, señorita Limat.

—Gracias por todo.

Minutos después, Simone viajaba hacia la ciudad. Estaba contrariada, pero continuaba considerándose culpable de todo lo ocurrido. ¿Cómo podía suponer que tío Bernard hubiese reanudado sus contactos sociales o profesionales...? Debía haber cambiado mucho... ¿No le había escrito él que la razón de instalarse en Kingston se debía precisamente para huir del mundo...? Bueno, los hombres eran unos inconstantes. En el amor y en todo lo demás.

## CAPÍTULO II

—Señorita Limat, qué sorpresa...

Simone estaba almorzando en el restaurante del hotel y alzó los ojos. Delante de ella tenía a Roger Lebrun. El fabricante se cubría con jersey y pantalón blanco y llevaba en la cabeza una gorra de marino.

—Me alojo aquí, señor Lebrun.

—No me diga que riñó con su tío o que tenía la casa llena de invitados.

—No, señor Lebrun —contestó Simone y, a continuación, le contó la clase de sorpresa que había recibido al llegar a la casa de Bernard.

—Estupendo, señorita Limat. Me felicito por mi buena suerte. Va a venir conmigo.

—¿Adónde?

—Contraté una pequeña embarcación. Pienso dedicar el día a pescar el pez espada, un deporte muy emocionante...

—Creí que venía por asuntos de sus negocios.

—Claro que sí. Esta noche tengo una cita con dos personalidades de las finanzas, pero hasta esa hora quiero descansar, llenar los pulmones del aire del mar. ¿Pescó alguna vez el pez espada?

—No.

—Es un deporte maravilloso. Estoy seguro que le gustará.

La joven decidió aceptar la invitación.

Se cambió de ropa en la habitación de su hotel y poco después se dirigía con Roger al puerto.

La embarcación que éste había alquilado para su pesca llevaba el nombre de Ensenada.

Un hombre estaba de espaldas, lavando la cubierta. Se cubría

tan sólo con unos pantalones y poseía una recia musculatura.

—Aquí nos tiene, Paul —dijo Lebrun.

Éste era un joven alto, de cabello rubio, piel bronceada y ojos de un color verdoso, Miró al señor Lebrun y a la joven.

—Creí que vendría solo, señor Lebrun.

—La señorita Limat es mi invitada.

—Oh, sí, comprendo.

A Simone no le gustó el tono de Paul. Aquel rubio daba por descontado que ella era algo más que una invitada de Roger.

Poco después emprendieron el viaje.

El rubio condujo con habilidad la embarcación por entre los islotes y los arrecifes, saliendo a la mar libre.

Simone y Lebrun se habían sentado en sillas extensibles, en la popa.

El fabricante de accesorios empezó a hablar y ella contestaba con monosílabos.

Lebrun dejó de hablar y ella se dio cuenta de que se había dormido. Entonces se puso en pie y fue a la cabina donde se encontraba Paul.

—¿Es ésta su profesión, acompañar a los turistas que quieren pescar el pez espada?

Paulladeó ligeramente la cabeza para mirarla.

—Sí. ¿Tiene algo en contra?

—No, nada... ¿Me da un cigarrillo?

Paul metió la mano en el bolsillo del pantalón y le entregó el paquete y un encendedor.

—¿Es casado?

—Yo pesco, no me dejo pescar.

—¿Qué tiene contra el matrimonio?

—Pienso que es bueno... para los demás.

—Comprendo, se la jugó una mujer.

—¿Eh?

—La mujer de la que estaba enamorado prefirió a otro y por eso habla así.

—Quíteselo de la cabeza.

—¿Lleva mucho tiempo en Jamaica?

—Desde que me trajo la cigüeña.

—Entonces le gusta su profesión...

—Si no me gustase, me habría dedicado a otra cosa.

—¿Vamos muy lejos?

—Ya estamos llegando, y sería mejor que volviese a su silla.

—¿Por qué?

—Al señor Lebrun le puede molestar que usted haya abandonado su sitio para hablar conmigo.

La joven se sintió irritada.

—Yo hablo con quién quiero. No soy nada del señor Lebrun. Ni siquiera su secretaria.

—¿De veras? —dijo Paul con sorna.

—Ya entiendo. Está acostumbrado a llevar en su embarcación hombres que sólo van acompañados por cierta clase de mujeres.

El rubio no dijo nada.

La joven aplastó el cigarrillo sobre uno de los tableros.

—Sólo le puedo decir una cosa, Paul; que hace muy mal en sacar conclusiones sin tener ninguna prueba.

La joven dio media vuelta y regresó a la silla extensible.

Al sentarse vio que Paul la estaba mirando con la cabeza vuelta. En los ojos de él había una chispa de curiosidad.

Transcurrieron unos minutos y luego Paul gritó desde el timón:

—Despierte al señor Lebrun, ya llegamos.

Simone miró a Rogar que dormía como un bendito. Se acercó al rubio.

—Me da lástima despertarlo.

—¿Por qué?

—Me dijo que trabaja doce horas y se duerme en cualquier parte. Una vez lo hizo mientras un ministro pronunciaba un discurso...

—Y dice que no lo conoce, que sólo es su invitada.

—Para que lo sepa de una vez, nos conocimos ayer en el avión que nos traía a Jamaica. Sólo acepté su invitación esta mañana.

—Bueno, no se ponga así...

—Sus insinuaciones son groseras.

—Está bien, le pido perdón.

Paul salió de la cabina y despertó a Lebrun.

Durante las dos horas siguientes se dedicaron a la pesca del pez espada.

Simone se sintió entusiasmada por aquel deporte.

Paul demostró conocer bien su oficio. Capturaron algunas piezas y la pesca fue emocionante.

El mar se fue picando.

—Tenemos que regresar —dijo Paul—. Se acerca un temporal.

—Eh, ¿por qué no nos demoramos un poco? —dijo Lebrun.

Paul negó con la cabeza.

—Usted no sabe lo que es un temporal por estas latitudes, señor Lebrun, y tengo la impresión de que el de ahora va a ser de los buenos. Tenemos el tiempo justo para llegar al puerto.

Emprendieron el regreso con el mar cada vez más revuelto.

Las nubes negras que habían aparecido por el horizonte se acercaban rápidamente.

Pareció como si estuviese a punto de acabarse el día, cuando faltaban unas horas para que se pusiese el sol.

El agua comenzó a barrer la cubierta y Simone y Lebrun tuvieron que refugiarse en la cabina.

Roger perdió la ecuanimidad.

—Eh, Paul, ¿cree que nos vamos a hundir...?

—Nunca se debe pensar en eso.

—Tengo tres hijos, ¿sabe?

—Y yo una abuela que me quiere mucho.

La embarcación flotaba sobre las olas como una cáscara de nuez.

Lebrun miraba aterrorizado a través de los cristales.

—¿Cuánto falta, Paul?

—Un par de horas.

—¿Un par de horas...? Oh, no.

—Quizá tres.

—Nunca llegaremos...

—Estoy empezando a pensar que será mejor desistir.

—No le comprendo, ¿qué quiere decir, Paul?

—Este temporal es de los peores que he conocido.

—Pero usted es un profesional, Paul.

—Lo soy.

—Debió prever que pasaría esto.

—Oiga, señor Lebrun. En muchas islas del mar Caribe hay especialistas en meteorología. Ellos saben muchas cosas y también les pillan por sorpresa un pequeño ciclón como éste.

—¿Esto es un pequeño ciclón?

—Ya puede estar seguro de que lo es y, por si le sirve de algo, sepa que todos los días sintonizo la radio para enterarme del tiempo que va a hacer. ¿Sabe lo que dijeron hoy? Que reinaría el buen tiempo en un radio de doscientas millas a partir de Kingston.

—Los demandaré... Demandaré al servicio de meteorología... Lié exigiré daños y perjuicios...

—Buscaré un refugio en la costa.

—¿Hay peligro?

—Lo habrá. La costa es muy rocosa. Hay muchos arrecifes.

—Pinta usted un panorama bastante negro.

—Prefiero decir la verdad.

—¿No sería mejor que fuésemos al puerto?

—Ya le he dicho que sería demasiado arriesgado.

Paul dio la vuelta al timón. La embarcación pegó un brinco al ser atrapada por la cresta de una ola.

Lebrun dio un aullido agarrándose el estómago.

La joven perdió el equilibrio y se golpeó en la cabeza. Paul alargó el brazo y la tomó por la cintura atrayéndola hacia sí.

—Manténgase sujeta a mí —dijo Paul.

—¿Y yo dónde me sujeto? —gimió Roger—. Me estoy poniendo muy malo...

Simone habló por primera vez desde hacía rato.

—¿Cree que nos estrellaremos, Paul?

—Cuando estemos cerca de la costa trataré de burlar las olas para que no nos empujen contra las rocas.

—Imagino que lo habrá hecho otras veces.

—Como medio centenar.

—¿Nunca naufragó?

—Un par de veces, pero nunca me ocurrió con esta embarcación. La compré hace dos años. He pasado tres o cuatro temporales, pero ninguno fue tan grande como éste.

—Y yo que podía estar tan tranquila en el hotel Regent...

Paul le sonrió.

—Está demostrando tener una gran entereza. No lo eche a perder.

—Oh, sí, disculpe, Paul.

—Eh, ¿de qué están hablando? —rezongó Lebrun—. Parece que salieron a merendar al prado...

Paul miró intensamente a los ojos de Simone sin dejar de maniobrar con el timón.

—¡Eh! —gritó Lebrun—. ¡Ya tenemos ahí las rocas! ¡Mírenlas! ¡Nos vamos a estrellar! ¡No va a quedar de nosotros ni los trozos!

—Apártese de mí ahora, señorita Limat —dijo Paul.

La embarcación parecía haberse detenido un instante. Daba vueltas sobre sí misma.

—¿Qué está esperando? —preguntó Roger.

—Una buena ola para pasar por encima de los arrecifes. Yo les avisaré.

Todos miraron las rocas. Parecía que de un momento a otro, la embarcación iba a ser arrojada contra ellas.

—¡Ahora! —dijo Paul.

La embarcación fue levantada no menos de diez metros. Otra vez navegaban sobre la cresta de una ola, cruzando la peligrosa cadena de arrecifes.

—¡Bravo, lo consiguió! —exclamó Lebrun.

—Pero hemos tenido mala suerte.

—¿Qué quiere decir?

—Mire adelante. No hay playa.

Lebrun dio un grito al ver que la costa era completamente rocosa.

—Si salgo de ésta, prometo dejar vivos a todos los peces espada del mundo.

—Ellos se lo agradecerán.

—Eh, allí hay una casa —dijo Simone—. Sobre el promontorio... a la izquierda.

—La costa está salpicada de ellas —explicó Paul—. Muchas han sido construidas cerca de las playas naturales, aunque son muy pequeñas. Esperemos que ésta la tenga.

Paul llevó la embarcación hacia el promontorio donde se ubicaba la casa.

—Coja mis prismáticos, señorita Limat, y trate de descubrir esa playa.

Simone tomó los prismáticos y se puso a examinar la costa.

Al principio sólo vio rocas, las olas batiendo con increíble fuerza el acantilado de piedra, toneladas de agua chocando contra el muro y convirtiéndose en espuma, cuevas de una negrura impenetrable...

De pronto vio una lengua de arena como de diez metros.

—¡La playa...! ¡Hay una!

—¿Ve arrecifes delante?

—Las olas no me dejan ver.

—Confiemos que no nos estén esperando un montón de bajíos para engullirnos.

—No diga usted eso, hombre, que me hace dar diente con diente —repuso Roger.

—Eh, señorita Limat. Mire arriba, hacia la casa —habló Paul—. Hay un hombre que nos está haciendo señales.

Simone levantó los prismáticos.

Efectivamente, vio a un hombre que estaba en el borde del acantilado agitando los brazos.

La joven sintió un escalofrío por la espalda. Aquel hombre le resultaba conocido. Lo enfocó con más atención.

Entonces sintió que el corazón le golpeaba más fuerte en las costillas. La persona que les hacía señales frisaba en los cincuenta y cinco años de edad y era de mediana estatura. Ella lo había visto muchas veces desde que era niña porque aquel hombre era su tío Bernard Gilles.

## CAPÍTULO III

—¿Qué dice ese hombre, señorita Limat?

Simone se había quedado sin habla.

—Está haciendo señales para que vayamos hacia él.

—Muy bien, le obedeceremos. Debe conocer bien la costa, puesto que vivirá en la casa.

—No, él vive en Kingston.

—¿Cómo?

—Es mi tío Bernard.

—¿Se encuentra bien, muchacha?

—Perfectamente.

—Debe haber sido el golpe en la cabeza.

—No diga tonterías. Es mi tío el que estaba haciendo las señales.

Ahora dice que vayamos a la izquierda.

—Está bien, a la izquierda... Cuidado, allá vamos.

—¡Eh, Paul! —gritó Lebrun—. ¡Nos vamos contra el acantilado!

Paul hizo girar el timón y la lancha pasó por entre dos escollos.

Simone perdió el equilibrio y estrelló las espaldas contra la pared, golpeándose de nuevo en la cabeza.

—Eh, chica —dijo Paul—. No pierda de vista a ese tipo.

Simone alzó los prismáticos.

—¡Ya no está!

—Búsquelo, debe estar.

—Espere, quizá bajó a la playa —Simone miró hacia la playa pero no había nadie.

—Bueno, ya no nos hace falta —dijo Paul—. Ahora es cuando hemos de tener más suerte. La playa es muy pequeña. ¿Saben nadar?

—Yo no —contestó Roger, aterrorizado.

—Póngase un salvavidas. No me ha contestado usted, señorita Limat.

—Gané un concurso de natación.

—De todas formas póngase el salvavidas. Le vendrá bien si la lancha se hace pedazos contra las rocas.

La joven seguía buscando con los anteojos.

—Hay un hombre en la playa, pero no es tío Bernard...

—Deje ya de mirar, señorita Limat. Prepárese. Llegamos al último acto de la representación.

Los fondos de la lancha crujieron.

—Hemos embestido contra una roca —gritó Lebrun.

—Sólo la hemos rozado —dijo Paul.

Una ola levantó con toda furia la embarcación y la llevó hacia la playa.

Sonó un chirrido cuando la quilla se deslizó por la arena. Luego, un golvazo tremendo.

—¡Maldición! —exclamó Paul—. ¡Había una roca traidora!

El piso de la lancha pareció saltar hacia arriba. El agua entró a borbotones.

Simone salió despedida rodando por el suelo.

Lebrun lanzó un grito y se puso a manotear, como si ya estuviese hundido en el agua.

Otra ola embistió la barca.

La playa estaba cerca.

—¡Hemos de abandonar la barca! —gritó Paul.

Roger corrió como un conejo asustado.

Paul lo ayudó a arrojar al agua.

Lebrun aulló porque se encontró en el mar, sumergido hasta el pecho.

—No se quede quieto, señor Lebrun.

—¡Me ahogo...!

—No sea tonto, ahí no le cubre. Sólo tiene que mover un pie y luego otro... Dese prisa antes de que una ola se lo lleve hacia dentro.

Al oír eso, Roger se movió muy aprisa.

Paul tomó a la joven en brazos. Quedaron muy juntos. Simone estaba completamente empapada.

—Se ha portado bien —le sonrió Paul.

—Perderá su barco.

—No se preocupe. Estaba asegurado.

Levantó a Simone y la dejó caer en el agua.

La joven volvió la cabeza.

—¿Eh, qué hace ahí, Paul? ¡Salte!

—He de recoger algunas cosas.

—¿Puedo ayudarle?

—Por si no lo sabe, le diré que no me gustan las heroínas.

La joven se encogió de hombros y se dirigió hacia la playa.

Encontró a Roger de bruces en la arena.

—¿Se encuentra bien, señor Lebrun?

Entonces se dio cuenta de que el hombre de negocios estaba besando la tierra.

Vio unas piernas que se acercaban y alzó los ojos. Era el hombre que había visto la segunda vez. Era de facciones alargadas y ojos hundidos en las cuencas. El poco cabello que tenía sobre el cráneo parecía impregnado de aceite. Se cubría con un jersey; pantalón azul y sandalias.

—¿Dónde está mi tío?

—¿Cómo dice, señorita?

—Vi a mi tío Bernard ahí arriba.

El hombre del cabello aceitoso sonrió.

—Perdone, pero estoy solo en este trozo de la costa.

—Oh, no, usted apareció en la playa... Mi tío estaba arriba...

—Comprendo, ha sufrido usted una fuerte conmoción.

—¿Qué está diciendo? Le digo que vi a mi tío ahí arriba. Nos hacía señales.

—Yo fui el único que les hizo señales.

La joven lo miró con los ojos muy abiertos. Se preguntó si aquel hombre no estaría loco.

En aquel momento llegó junto a ellos Paul, quien traía consigo un maletín que depositó en la arena para recuperar la respiración.

—Se han librado de una buena —dijo el hombre del cabello aceitoso.

—¿Vive usted en esa casa? —preguntó Simone.

—Me presentaré. Soy Frank Lowe. Vivo en la casa sin compañía, pero desde luego está a su disposición.

—¿Ha dicho que está solo en esa casa?

—Sí, señorita.

—Pero ¿y mi tío?

Frank sonrió a Paul.

—Imagino que es el patrón de la barca.

—Exacto. Soy Paul Burnett. Alquilé mi embarcación al señor Lebrun. Ésta es la señorita Limat, invitada de dicho señor.

—Lamento conocerlos en estas circunstancias. Al parecer la señorita está muy impresionada... Me confundió con su tío.

—Eh, ¿qué dice? —repuso Simone airada—. Yo no lo confundí. Vi a tío Bernard ahí arriba.

Paul tomó a la joven por el brazo.

—¿Qué tal va ese chichón?

—Comprendo —dijo Lowe—, se golpeó la cabeza.

—Sí —asintió Paul y puso su diestra sobre la cabeza de Simone.

—Quíteme la mano de encima —chilló la joven—. ¿Acaso creen que no sé lo que digo?

Paul exhaló el aire de los pulmones.

—Simone, el señor Lowe acaba de decir que está solo en la casa. Quizá su tío se encuentra en alguna otra cercana.

—Eso es imposible —repuso Frank Lowe—. La más cercana está a unas seis millas. Justamente ahora no hay nadie en ella. Por favor, ¿quieren venir conmigo...? Tengo teléfono. Desde allí podrán llamar a Kingston.

Lowe dio media vuelta y echó a andar.

Lebrun corrió tras de él, pero los dos jóvenes permanecieron quietos.

—Vamos, Simone —dijo Paul, tomando otra vez su maletín.

—Es absurdo.

—¿Qué es absurdo?

—El secretario de mi tío dijo que éste estaba en México... Sin embargo, lo he visto aquí.

—Oiga, Simone, ¿por qué no deja eso?

—No me cree, ¿verdad?

—No la creo ni la dejo de creer. No sé si se ha dado cuenta, pero ha empezado a llover. Estaremos mucho mejor a cubierto.

—Quizá tenga razón. Quiero saber más acerca de ese hombre...

—¿Whisky, señorita Limat? —dijo Frank Lowe.

—Sí, creo que me vendrá bien.

Lowe había proporcionado ropa a todos. Explicó a sus inesperados huéspedes que era frecuente el que tuviese invitados.

Ahora se encontraban en un amplio *living* con una gran, vidriera, desde la que se veía el mar Caribe.

Llovía torrencialmente sobre las olas encrespadas.

—Tiene una bonita casa, señor Lowe —dijo Paul.

—Vivo en ella la mitad del año. La otra mitad la paso en Nueva York.

—¿A qué se dedica, señor Lowe?

—Soy productor teatral.

Apenas llegaron a la casa, Lebrun había llamado a su hotel. Enviarían un coche a recogerlos.

—Señor Lowe, ¿había oído hablar del profesor Bernard Gilles? —dijo Simone.

—¿Su tío?

—Sí, señor Lowe.

—No. Jamás oí ese nombre —contestó éste, alargándole un vaso de *whisky*.

—¿Cuánto tardará en llegar el coche? —preguntó Lebrun.

—Hay un tramo de autopista, pero luego para llegar aquí, se ha de seguir por un camino que en las presentes circunstancias no es nada bueno. Pero no tienen que preocuparse. Pueden pasar aquí la noche.

—Agradezco su hospitalidad, señor Lowe —repuso Roger—. Pero esta noche debía celebrar una importante reunión de negocios en Kingston.

El fabricante de accesorios ya había recuperado la serenidad y se mostraba tal cual era antes de sobrevenir el ciclón.

La joven se levantó.

—Perdone, señor Lowe, pero olvidé algo entre mis ropas arriba.

Se había cambiado en una habitación del piso superior.

Sin esperar una respuesta, la joven subió la escalera.

Había tenido una idea al recordar haber visto sobre la mesilla de noche un teléfono.

El corredor estaba envuelto en la penumbra debido a que la lámpara circular iluminaba muy poco.

Abrió la puerta de la habitación y pasó al interior.

En el silencio se oía el batir de la lluvia contra los ventanales.

Descolgó con mucho cuidado el auricular y marcó el número de su tío Bernard.

Al otro lado oyó cuatro veces el zumbido de la señal antes de que le contestasen.

—¿Señor Donen?

—Sí, yo soy. ¿Quién llama?

—Simone Limat, señor Donen.

—¿Qué tal se encuentra, señorita?

—Señor Donen, ¿conoce a un hombre llamado Frank Lowe?

—¿Frank Lowe? Me temo que no.

—Vive en una casa de la costa, al noroeste de Kingston, a unas treinta millas. Parece tener unos cuarenta y cinco años de edad, alto, con muy poco cabello, ojos hundidos...

—Disculpe, señorita Limat, pero no lo conozco.

—Señor Donen, he creído ver aquí a mi tío. Mejor dicho, estoy segura de haberlo visto.

—Oh, no, señorita. Ya se lo dije. El señor Gilles está en México.

—Le repito que lo vi aquí hace un rato.

—Debe ser alguien que se le parece.

—No es posible.

—Siento contradecirla, señorita, pero es imposible que lo haya visto. Hace una hora recibí un telegrama de su tío.

—¿Un telegrama?

—Sí, desde México. Espere, se lo voy a leer, no se retire.

—Descuide, permanezco a la escucha.

Simone esperó un par de minutos mientras Donen iba por el telegrama.

—¿Sigue ahí, señorita Limat?

—Desde luego, puede leerlo.

—Su texto dice así:

«Conferencias *Hombre del futuro*, gran éxito. Me han propuesto doctor *honoris causa*. Saludos, Bernard Gilles».

Simone quedó en silencio.

—¿Señorita Limat?

—Sí, señor Donen lo he escuchado todo. No comprendo... Pero quizá ha sido una ilusión mía...

—No puede ser otra cosa.

—Señor Donen, ahora que sabe que mi tío está en la capital de México, quisiera su dirección.

—Disculpe, pero en el telegrama no menciona su dirección actual. De todas formas quizá intente algo en ese sentido. Trataré de ponerme en contacto con él. Déjelo en mis manos.

—Dentro de un rato regresaré al hotel. Le haré una llamada desde allí. Espero que para entonces pueda darme la dirección de mi tío.

—Pondré de mi parte todo lo que pueda.

—Gracias, señor Donen —dijo Simone, y colgó.

De pronto la joven sintió un ruido a su espalda y se volvió lanzando un grito. En el hueco estaba Frank Lowe, la cara muy seria, los ojos centelleantes.

—¿Qué hace, señorita Limat?

—Hice una llamada al secretario de mi tío.

—Ya entiendo.

La joven se mojó los labios con la lengua. No le gustaba la mirada de aquel hombre. Tenía la impresión de que la iba a asesinar.

—Bueno, señor Lowe, ya todo quedó aclarado.

—¿En qué sentido?

—No pude ver aquí a mi tío.

—¿Qué es lo que la ha convencido?

—Su secretario me anunció que se había recibido un telegrama de él puesto en México.

—Ya...

—Disculpe, pero usted tenía razón —la joven se apretó las sienes con la mano—. El naufragio me produjo mucha impresión.

No era cierto, pero estaba representando un papel.

—¿Quiere reunirse con sus amigos, señorita Limat?

—He de hacer un paquete con mi ropa.

—No se preocupe, yo tengo que ir mañana a Kingston. Se la llevaré.

—No quisiera que se tomase más molestias por mi culpa.

—No es una molestia servirla, sino un placer, señorita Limat.

La joven salió de la habitación y bajó por la escalera.

Se dio cuenta de que Lowe no la seguía.

De pronto se detuvo al ver algo que le heló la sangre en las venas. En la habitación de al lado, el pomo de la puerta se estaba moviendo.

Miró a su espalda y vio en el hueco la sombra de Frank Lowe. Así pues, éste le había mentido. Había alguien más en la casa, alguien que intentaba abrir aquella puerta.

—Señor Lowe —llamó Simone y en aquel momento el tirador volvió a su posición primitiva.

Frank se presentó ante Simone.

—¿Qué ocurre, señorita Limat?

—Usted dijo que no había nadie en la casa aparte de usted.

—Ahora somos cuatro personas, ustedes tres y yo.

Simone alzó la mano señalando la puerta cuyo tirador se había movido.

—Ahí dentro hay alguien.

Lowe miró la puerta y luego a Simone.

—¿Tiene usted radar en los ojos? ¿O me va a decir que su mirada es capaz de atravesar las puertas y las paredes?

—Le repito que hay alguien.

—¿Cómo lo sabe?

—El tirador se estaba moviendo.

—Señorita, esa habitación no se usa desde hace mucho tiempo.

—Quizá entró un ladrón en la casa.

Simone sólo quería que Lowe abriese la puerta y le mostrase la habitación sospechosa.

—Aquí no hay ladrones, señorita Limat. Ellos acostumbran a merodear por la ciudad porque es donde pueden hacer su negocio, pero no en una casa tan aislada.

—¿No está dando una razón más lógica para que le roben, señor Lowe? Aquí el ladrón tendría más probabilidades de escapar que en la ciudad.

—Ya veo que posee una fantástica imaginación, señorita Limat. Primero aseguró haber visto a su tío; luego que el tirador de la puerta se ha movido, y ahora afirma que un ladrón se coló en casa.

—Sí, señor Lowe. —Simone levantó la barbilla.

—¿Cree que un ladrón puede colarse en la habitación de un

primer piso?

—¿Por qué no abre esa puerta de una vez y hace la comprobación? ¿O es que tiene miedo...? Y si es así, yo me pregunto, ¿miedo a qué, señor Lowe?

Frank esbozó una sonrisa.

—Está bien, usted gana, señorita. Abriré esa puerta.

Frank sacó un llavero con muchas piezas. Empezó a buscar entre ellas.

—Lo siento, creo que no tengo la llave, quizá la perdí.

—Esperaba algo parecido, señor Lowe —repuso Simone con sorna.

—Oh, ya la encontré —sonrió fríamente Frank—. Y ahora, señorita Limat, ¿me acompaña a ver a ese ladrón?

—Con mucho gusto. Pero pruebe antes una cosa.

—¿El qué?

—Trate de abrir esa puerta. No creo que esté cerrada con llave.

—Muy bien, señorita. Vamos a ver cuál de los dos se ha equivocado.

Lowe alargó la mano y la puso sobre el tirador. Quiso abrir pero no pudo.

—Deje que lo intente yo —dijo Simone.

—Oh, sí... Desde luego, señorita Limat. Quizá posea también un extraño magnetismo para abrir una puerta cerrada con llave.

Simone hizo girar el tirador pero la puerta no obedeció a su impulso. Efectivamente, estaba cerrada con llave.

—¿Me deja a mí ahora?

Simone se apartó y Lowe introdujo la llave en la cerradura.

Abrió la puerta de la habitación que estaba sumergida en la oscuridad.

—Imagino que querrá usted pasar primero, señorita.

—No, gracias. Yo le seguiré.

—Como guste.

Frank Lowe entró en la habitación y dio vuelta al conmutador de la luz.

—No hay nadie. ¿Quiere comprobarlo?

Simone entró en el cuarto. Era un dormitorio igual al que ella se había cambiado de ropa.

Frank tenía razón. No había nadie.

—Aquí hay un armario —dijo Frank.

Abrió la puerta del armario y Simone vio varias prendas de hombre colgadas en perchas.

—¿Quiere mirar debajo de la cama, señorita?

—Hágalo usted.

—Desde luego. Quiero que salga convencida de que está equivocada.

Lowe atrapó la colcha, tiró de ella hacia arriba, se agachó y miró por debajo del lecho.

—Nada, señorita Limat, sólo hay aire.

Se puso en pie y acudió junto a la joven.

—¿Satisfecha?

Simone se sentía conturbada. ¿Qué le pasaba...? ¿Sería efecto del golpe...? No existía otra respuesta. Frank Lowe decía ser el hombre que les hizo las señales desde el promontorio, y el tirador de la puerta no había podido ser movido desde el interior de la habitación porque allí no había nadie.

Se llevó otra vez la mano a la cabeza. Le dolía un poco. Había recibido dos golpes durante el temporal. Eso debía ser. Estaba aturdida. Y, por otra parte, existía aquel telegrama recibido por Phil Donen y enviado por su tío...

Bajó la escalera seguida de Frank.

Lebrun estaba sentado en un sillón, dando cabezadas.

Paul contemplaba el temporal a través de los cristales del amplio ventanal.

La joven acudió a su lado.

—¿Qué le pasa, Simone? —dijo Paul—. Está muy pálida.

Simone volvió la cabeza y observó a Lowe que estaba encendiendo una pipa.

—No es nada, Paul, sólo una pequeña jaqueca, pero pasará enseguida.

## CAPÍTULO IV

El taxi corría en dirección a Kingston.

Roger se había quedado definitivamente dormido en el asiento delantero junto al conductor. Atrás, viajaban Simone y Paul.

—Bueno, ¿qué le pasa, muchacha? Se diría que es usted quien ha perdido el barco.

—Paul, ¿por qué no nos llevó Frank Lowe a la ciudad? Al salir miré el garaje. Estaba la puerta entreabierta y vi un automóvil.

—Bueno, no quería molestarle. Con este tiempo, es lógico.

—Pudo prestarnos su coche. Se lo hubiésemos devuelto.

—Quizá lo necesitaba para hacer un viaje. Después de todo, es suyo y puede hacer de él lo que quiera.

—No me comprende, Paul.

—Sí, la entiendo perfectamente. Sigue pensando en su tío, en que el hombre que vio allá arriba en el promontorio no era Frank Lowe.

—Tiene razón, esta duda no deja de dar vueltas en mi cabeza.

—Tranquilícese —dijo Paul y le palmeó la mano—. En cuanto lleguemos, le conviene irse pronto a la cama. Ya verá cómo mañana se encuentra mejor.

—Espero que así sea.

Al llegar al hotel, Lebrun se disculpó.

—Me duermo en cualquier parte. Ya se lo dije, señorita Limat. Es el trabajo... Doce horas trabajando al día...

—Sí, señor Lebrun —contestó Simone—, y ahora me toca a mí dormir. Hasta la vista, Paul.

La joven subió a su habitación pero se equivocó en cuanto a lo de dormir. Encendió un cigarrillo tras otro, paseó... Finalmente, atrapó el auricular y marcó el número de su tío.

Esta vez descolgaron enseguida. Era el señor Donen. Se dio a conocer y enseguida él dijo:

—Su tío Bernard ya sabe que está usted aquí, señorita Limat. Logré hablar por teléfono con él. Me dijo que sentía mucho no haber podido estar presente para recibirla a su llegada y no poder acortar su viaje por México, pero ya aceptó los compromisos y ahora no puede rescindirlos. Volverá a Kingston en tres semanas.

—Para entonces yo no estaré aquí.

—Se lo dije y me encargó le anunciase que piensa ir a Francia la próxima primavera... Envío especiales saludos para usted.

—Fue usted muy amable.

—Ya sabe que estoy a su servicio. Si en algo puedo ayudarle...

—Gracias por todo, señor Donen —dijo Simone y colgó.

Bueno, ya había terminado aquel asunto. Tío Bernard se encontraba en México. Estaba claro ahora que el hombre a quien había visto en el promontorio haciéndoles señales para guiarlos a la playa a través de la tempestad era Frank Lowe. Era lógico que se confundiese a través de la bruma, y la distancia era bastante grande. Sin embargo, ¿no lo había visto con prismáticos? Otra vez volvía a empezar. ¿Por qué, si Donen le había dicho que había hablado con su tío desde México...? Pero ¿qué seguridad tenía de que le estaba diciendo la verdad...?

«Oh, no, Simone, no puedes pensar en que Frank Lowe y Phil Donen estén confabulados... ¿Por qué iban a estarlo si ni siquiera se deben conocer? Fuiste a parar a aquel lugar de la costa por pura casualidad. Habías acompañado a Lebrun para la pesca del pez espada. Si te hubieses quedado en el hotel, jamás habrías conocido a Frank. Tienes que ser una buena chica. Acuéstate y trata de dormir. Eso será lo mejor. Necesitas descanso».

Sí, eso es lo que iba a hacer. Acostarse y dormir.

Estaba ya en la cama, cuando, de súbito, sonó el timbre del teléfono.

Se irguió sobresaltada ahogando un grito en la garganta.

Se dio cuenta de que sus nervios estaban deshechos. Debía ser el señor Lebrun. Quizá la invitara a cenar.

—¿Sí? —dijo por el micro.

—Buenas noches, señorita Limat.

—¿Quién llama?

—Un amigo suyo.

—¿Qué amigo?

—Alguien que quiere ayudarla.

No, tampoco era Paul. Habría reconocido su voz.

Sintió un escalofrío por la espalda.

—¿Qué quiere? ¿Por qué me llama?

—Usted tiene razón. Su tío no está en México.

—¿Cómo?

—Usted vino a Kingston para reunirse con su tío Bernard.

—¿Cómo sabe eso?

—Yo estoy informado de muchas cosas.

—Hábleme de mi tío.

—Él no ha salido de Jamaica.

—¿Dónde está?

—Eso no lo sé, señorita.

—Pero, no comprendo... Creo que es usted ahora el que se equivoca. He hablado con su secretario.

—Es posible que haya hablado con él. Pero ¿quién le dice que el señor Donen es fiel al señor Gilles?

—No comprendo dónde quiere usted ir a parar.

—Le ha pasado algo malo a su tío, señorita Limat. Eso es lo que me temo.

—Le pregunté antes cómo sabe usted que no está en México mi tío. Deme una prueba.

—¿Puede usted aportar algún dato que indique lo contrario?

—Sí, señor. Puedo darle uno.

—¿Cuál, señorita?

—El secretario de mi tío recibió un telegrama expedido por él en México.

—¿Y qué le decía su tío en el telegrama?

—Que había pronunciado una conferencia de mucho éxito.

—Señorita Limat, ¿vio usted el telegrama?

—No.

Su desconocido comunicante rió por el cable.

—Una trampa, señorita.

—¿Por qué me iban a engañar?

—Para que deje de husmear.

—Tendrá que explicármelo más detalladamente, señor.

—No puedo agregar nada más a lo que ya le he dicho. La están engañando, señorita Limat. Su tío está en Jamaica. Búsquelo. Quizá lo encuentre.

Enseguida, el hombre que estaba a la otra parte colgó.

Simone golpeó varias veces el auricular.

—Diga —le contestó la telefonista.

—¿De dónde han llamado?

—Lo ignoro, señorita. ¿Ocurre algo?

—No, nada... —contestó con voz vacilante y dejó el auricular en la horquilla.

¿Qué significaba todo aquello? ¿Quién era el desconocido que acababa de hablar con ella?

Pero ya no podía hacer nada. Era de noche.

¿Y si acudía a la policía...? Pero ¿qué les iba a decir? Tenía que pensarlo detenidamente antes de dar un paso en falso.

Era mejor que se quedase en sus habitaciones y que intentara dormir.

Pero había perdido el sueño.

Fumó más cigarrillos, siempre pensando en lo mismo.

Finalmente pudo más el cansancio y, apenas se tendió en la cama, quedó dormida.

Simone despertó al oír que llamaban en su habitación.

—¿Quién es?

—Paul Burnett.

—Espere un momento.

La joven se puso el batín y pasó al cuarto de baño. Se arregló en un par de minutos.

—Pase, Paul.

El joven entró en la habitación.

—¿Qué tal se siente hoy, Simone?

La joven no contestó, se dirigió a la ventana y miró fuera. El cielo era un inmenso lienzo azul.

Se volvió para mirar a Paul, quien esperaba su respuesta con las cejas enarcadas.

—Muy bien, se lo diré aunque siga pensando que estoy loca.

—Nunca he pensado que lo esté.

—¿No? Anoche recibí una llamada de un desconocido. Me dijo que mi tío estaba aquí, que no se había ido a México.

—Eh, no se precipite.

—¿De qué parte está usted, Paul?

—¿Qué quiere decir?

—Se lo explicaré enseguida. Si yo tengo razón, ello significa que el secretario de mi tío, Phil Donen, está en combinación con Frank Lowe. ¿Lo está también usted?

—Eh, oiga, yo sólo entiendo de cosas del mar, no de confabulaciones para secuestrar a la gente.

—¿Por qué dice secuestrar?

—Es la mar de sencillo. Si usted cree que su tío sigue en Jamaica, si no lo encuentra en su casa y alguien le dice que está en México, es porque lo han secuestrado.

La joven se mordió el labio inferior.

—Sí, tiene razón, pero ¿por qué iban a hacerlo?

—Sigo pensando que todo esto es absurdo.

—Ya entiendo; tampoco cree lo de la llamada telefónica de anoche. Pero ¿por qué...? He sido una estúpida... Debí suponer que no le inspiro la menor confianza. Ande, repita eso de que me pegué dos golpes en la cabeza... ¿Fue lo que me hizo perder el juicio, verdad?

—No se pegó tan fuerte como para eso.

—¿A qué vino, Paul?

—Ya se lo dije, a saber cómo estaba.

—Me encuentro muy bien y ahora, adiós.

—Debería marcharme.

—Hágalo, ahí está la puerta.

—Tiene un gesto de mil diablos... ¿Sabe una cosa? Nunca he soportado a las chicas mal educadas.

—Oh, sí, llámeme encima mal educada... ¿Quién está soportando a quién?

—¿Por qué no dejamos de reñir como el perro y el gato y tratamos de hacer las cosas con sentido común?

—Vaya, eso es nuevo en usted. Pero estoy de acuerdo. Empleemos el sentido común. ¿Por dónde empezamos?

—El problema consiste en saber si su tío está en México o en Jamaica. Luego hablaremos de lo demás.

—Sí, Paul, lo ha enfocado muy bien.

—Deje la ironía para otro, momento. Creo que podremos

conocer una respuesta muy pronto.

—¿De qué forma?

—Tengo un amigo policía que me hará un favor si se lo pido.

—¿Por qué no lo dijo antes? —exclamó Simone.

—Espere aquí y haré la gestión.

—De ninguna forma, voy con usted.

—Está bien, pero dese prisa. Estoy citado dentro de un par de horas en la casa de seguros para hablar de mi accidente. Por cierto, el señor Lebrun y usted han de hacer una declaración como testigos...

—Conque sólo vino para interesarse por mi salud...

—Eh, chica, no vuelva a empezar ahora. Ya le he dicho que voy a echarle una mano.

—A cambio de que yo le ayude a usted a cobrar su seguro.

—En esta vida hemos de estar para ayudarnos, ¿no le parece, Simone?

Simone y Paul almorzaban en un restaurante del puerto. Paul había hablado desde el mismo hotel por teléfono con su amigo el policía para que le informase sobre el paradero de Bernard Gilles.

—Eh, ahí viene mi amigo Nick —dijo Paul.

El policía era un negro de ojos saltones y facciones simpáticas.

—Nick, te presento a la señorita Limat. Es la sobrina del profesor Gilles.

—Celebro conocerla, señorita.

—Encantada, Nick.

—¿Sabes algo ya del profesor? —inquirió Paul.

El policía dio una cabezada.

—Sí, el profesor salió de Jamaica.

—¿Hacia dónde?

—Rumbo a México.

—¿Cuándo ocurrió eso?

Nick sacó tui papel que consultó.

—Vuelo 874, correspondiente al 8 de octubre.

—¿Estás seguro, Nick?

—Oye, Paul, he visto con mis propios ojos la lista de pasajeros. Aquí está el nombre completo, Bernard Gilles. Ocupó el asiento 24. Y también te puedo dar el nombre de los pilotos y de la azafata... El avión era un D. C. 4...

—Ya basta, Dick.

—¿Puedo hacer algo más por ustedes?

—No, gracias —repuso Simone.

—A su disposición, señorita Limat —dijo Nick y, tras hacer un saludo, se marchó.

Los dos jóvenes quedaron sumidos en el silencio. De pronto la joven saltó.

—Eso no prueba nada.

—¿Qué es lo que no prueba?

—Que mi tío esté en México.

—Oiga, Simone, parece que no le gustó que se haya aclarado lo de su tío.

—¿Por qué me hicieron la llamada anoche?

—Quisieron embromarla.

—Pero si yo no soy de aquí; si nadie me conoce... Tengo una hipótesis, Paul.

—¿Cuál? —preguntó éste con voz paciente.

—Quizá se lo llevaron y lo volvieron a traer.

—Ya, lo secuestraron al llegar a México.

—¿Por qué no? Y, naturalmente, al entrar de nuevo en Jamaica lo hizo con nombre falso.

—Eso sólo ocurre en las películas, Simone. Su tío debió tener una oportunidad para denunciar el hecho.

—¿Y si lo hubiesen amenazado con quitarle la vida?

—Pero ¿quiénes le van a quitar la vida? Me han dicho que su tío es un profesor de biología y, por añadidura, que estaba retirado. ¿Se da cuenta...? Por la Prensa sabemos que secuestran a sabios relacionados con la energía atómica o con alguna otra arma secreta, pero su tío se dedicaba a estudiar la vida de los animalitos y eso lo hacía cuando todavía estaba en activo...

—No comprendo una cosa...

—¿El qué, Simone?

—Eso de que mi tío se hubiese retirado para apartarse del mundo y que tuviese aquí un secretario.

—Hay muchas personas que quieren que los demás les hagan las cosas. Si su tío podía pagarse un secretario, ¿por qué diablos no lo iba a tener?

—Pero mi tío Bernard había interrumpido sus actividades

científicas. ¿Por qué, de pronto, se va a México a dar conferencias?

—Quizá sintió nostalgia de su profesión... Los conferenciantes siempre son bien recibidos, agasajados.

—Él odiaba todo esto.

—Quizá empezó a gustarle. Ya sabe lo que pasa con los viejos. Se vuelven caprichosos. Tal vez echase de menos el aplauso del público...

—Eh, mi tío no era un actor.

—Está bien, Simone, ya veo que no tiene arreglo. Quedamos en que acudiríamos a la policía. Mi amigo Nick trajo el informe de que su tío salió hacia México. Sin embargo, no la ha convencido. ¿Se da cuenta? Está obsesionada.

—¿Yo obsesionada?

—Lo siento, pero es así. Phil Donen recibió el telegrama de su tío desde México. Nick nos acaba de decir que éste viajó en el vuelo 874 correspondiente al 8 de octubre y, ¿cómo replica usted a todo eso...? Armando un tinglado sin pies ni cabeza. Su tío pudo ser secuestrado en México y devuelto a Jamaica. Y todo, ¿por qué...? Yo se lo diré. Porque a través de un temporal creyó verlo haciendo señales desde lo alto de un promontorio. Las olas batían el acantilado y había muy poca claridad. A pesar de ello, está dispuesta a llegar hasta donde sea para probar que sus sentidos no la traicionaron, unos sentidos que pudieron ser dañados por los golpes que recibió en la cabeza.

—Sabía que saldría con ese argumento.

—Simone, acabo de hacer un análisis lógico del problema.

La joven se mordió el labio.

—Creo que tiene razón. Soy una mujer obsesionada.

Quedó un rato en silencio y dio un suspiro.

—Está bien, Paul. Creo que ya es hora de ir a esa compañía de seguros para declarar acerca del naufragio.

Paul pagó el importe de la consumición y los dos jóvenes salieron del restaurante.

En el camino cruzaron por una calle de establecimientos donde se vendían artículos para los turistas. Había mucha gente comprando.

De pronto, Simone se detuvo apretando con fuerza la mano de Paul.

—¿Qué le pasa?

—Aquel hombre que está de espaldas...

—Sí, ya lo veo.

—¡Es tío Bernard!

## CAPÍTULO V

La joven echó a correr hacia el hombre que se encontraba a unas diez yardas, de espaldas, hablando con el dueño o dependiente del negocio.

—¡Tío Bernard! —dijo Simone.

El hombre se volvió parpadeando. Al ver a la joven ante sí sonrió. Frisaba en los sesenta años y era fornido, de bigote blanco.

La muchacha se había quedado perpleja mirando la cara del hombre. No, aquél no era su tío Bernard.

—Perdone...

—¿Puedo invitarla a un *whisky*, señorita?

—¿Cómo dice...? Oh, no, muchas gracias.

—Verá, tengo mi esposa por ahí —guiñó un ojo—. Pero dentro de un rato se irá a la peluquería.

La joven dio media vuelta y regresó junto a Paul.

—No hace falta que me explique nada —dijo él.

—Me confundí.

Echaron a andar sin decir nada.

—Sé lo que está pensando, Paul.

—¿Sí?

—Piensa que, si me equivoqué una vez, puedo hacerlo dos.

—Sabe adivinar el pensamiento.

—Usted gana. Pude equivocarme... ¿Está bien así?

Paul le sonrió tomándola del brazo.

—No se preocupe. Esta isla puede ser hermosa para una forastera, siempre que quiera divertirse.

Poco después llegaban a la oficina de seguros, donde Paul debía ventilar su asunto.

El señor Lebrun estaba hablando con el gerente.

—Imagínese... Doce horas de trabajo... Increíble, ¿verdad...? No sé adónde vamos a ir a parar. El hombre no es una máquina... Un día no lo podré soportar y estallaré.

Simone se imaginó al señor Roger estallando en un sillón, mientras dormía.

El director gerente de la Compañía de Seguros Cartago respondía al nombre de Willard Sanas. Dijo que estaba encantado de recibir a sus visitantes y a continuación, se fue hacia una puerta y la abrió, haciendo una señal hacia el interior.

Un hombre de mediana estatura y cara muy fea entró en el despacho, mirando a hurtadillas.

Willard lo presentó. Era el investigador de la compañía, quien haría el interrogatorio de los testigos.

También entró una secretaria para tomar nota de todo y, por si fuera poco, el director gerente puso en marcha un magnetófono, no sin antes repetir que aquella reunión era muy agradable por tratarse de las personas que estaban allí.

El investigador, Clifton Smith, hizo un interrogatorio exhaustivo acerca del naufragio de la Ensenada.

Después de hablar Paul, le llegó el turno a Simone y por último al señor Lebrun.

Luego, el gerente, con mucha cortesía, dijo que un empleado de la compañía pasaría por el hotel Regent aquella misma tarde para que Simone y Lebrun firmasen sus declaraciones. Estrechó la mano de todos.

Simone, Lebrun y Paul salieron de la casa. El fabricante de accesorios dijo, tras consultar el reloj:

—Ya llego tarde otra vez a mi reunión de negocios...

—Lo siento —repuso Paul.

—Quizá pierda medio millón... o un millón... En esto de los negocios nunca se sabe... Hasta luego, amigos.

Echó a correr, y en la esquina, le salió al pos una rubia de hermosa figura.

Lebrun se detuvo, le dijo algo y siguió corriendo. La rubia miró hacia donde estaban los jóvenes, levantó la barbilla, dio media vuelta y se marchó tras de él.

—¡Qué grandes negocios hace ese hombre! —dijo Paul.

—¿Siente envidia?

—¿Por Jean...? Oh, no.

—De modo que sabe quién es...

—¿Quién no conoce en Kingston a Jean?

—¿A qué se dedica ella...? Oh, por favor no me lo diga...

—¿Adónde quiere ir ahora? —sonrió Paul.

—Regreso al hotel.

—Quería proponerle una excursión. Tengo un coche, un viejo modelo, pero marcha de primera.

—Estoy muy cansada, prefiero retirarme a mi habitación.

—Pensé que le interesaría ver una riña de gallos o una sesión de vudú.

—Quizá esta tarde.

—¿A qué hora quiere que pase a recogerla?

—¿Está bien a las seis?

—De acuerdo.

—Ahora, adiós, Paul. Quiero ir sola al hotel. Necesito pensar un poco.

—¿Va a empezar otra vez con lo de su tío?

—No, me refería a mi viaje de regreso a Francia.

—¿Ha pensado ya en marcharse?

—No lo he decidido aún, pero si mi tío tarda aún tres semanas, mi estancia aquí se prolongaría demasiado. Había contado volver a Francia en un plazo de quince días.

—De acuerdo, Simone. Hasta luego.

Ella vio marcharse a Paul por la calle donde estaban los establecimientos de regalos.

La joven siguió el camino opuesto.

La calle desembocaba en una más amplia donde había muchos negocios. Se detuvo en el bazar de un indio.

—Oiga, señor —dijo—, quisiera hacerle una pregunta.

—Si no encuentra algo, yo se lo puedo traer.

—Perdone, no se trata sobre los artículos que usted vende. Sólo quería preguntarle si en Kingston hay detectives privados.

El indio parpadeó.

—Detectives, ¿eh...? Sí, hay unos cuantos, como en Estados Unidos, como en Inglaterra... Ésta es una ciudad importante, señorita.

Simone lamentó haber herido el orgullo del hombre.

—Sólo tiene que seguir calle adelante, señorita. Dos manzanas más allá hay un edificio donde tiene instaladas sus oficinas un detective.

Simone le dio las gracias y siguió el camino que el hombre le había señalado.

Encontró enseguida el alto edificio y preguntó al encargado en qué piso se ubicaba la oficina del investigador privado, Así pudo enterarse cómo se llamaba el detective.

Subió en el ascensor a la tercera planta y empujó una puerta sobre la que destacaba una placa en que se leía:

«James Dobson, investigaciones privadas»

Se encontró en una pequeña sala de espera que olía a demonios.

Al entrar sonó una campanilla.

No acudió nadie a recibirla.

Se acercó a otra puerta de vidrio esmerilado, sobre el que golpeó con los nudillos.

—Adelante —dijo una voz.

Al entrar, vio a un hombre en mangas de camisa, la corbata bajada, los pies sobre la mesa. Se limpiaba el sudor del cuello con un pañuelo. Frisaba en los cuarenta y cinco años y tenía la cabeza redonda, ojos oblicuos y hocico saliente.

—¿Señor Dobson?

—Sí. ¿Qué puedo hacer por usted, señorita?

—Ni nombre es Simone Limat.

—Siéntese, ¿quiere? —Dobson puso los pies en el suelo mientras observaba la grácil figura de la muchacha.

Simone ocupó un sillón de cuero.

—La escucho, señorita Limat.

—Quiero encargarle un asunto, señor Dobson, pero antes necesito contarle los hechos.

—¿Bebe algo antes?

—No, gracias.

—Con su permiso —dijo Dobson y sacó una botella de ginebra y un vaso de un cajón—. Puede empezar, señorita Limat. La escucho.

Simone hizo el relato de todo lo que le había acaecido desde su llegada a Kingston. Cuando hubo terminado, se hizo un silencio en

el despacho. El detective bebió el contenido de su vaso y dijo:

—Todo eso es muy interesante, señorita.

—Ya entiendo, piensa lo mismo que los demás.

—¿Qué opinan los demás?

—Que no estoy en mi sano juicio.

—Opino lo mismo que usted. Tengo la impresión de que efectivamente su tío es víctima de una confabulación.

—¿Cómo lo sabe?

—Una corazonada. —Dobson se puso en pie—. Investigaré todo lo referente a su tío y tenga la completa seguridad de que recibirá una amplia información a cambio de su dinero.

—¿Cuánto me va a costar, señor Dobson?

El detective se apretó el puente de la nariz.

—Acostumbro a cobrar veinte dólares diarios y ahí incluyo los gastos, naturalmente, si no tengo que salir de la isla.

—Muy bien, acepto.

—Me pagará cinco días adelantados.

—Sí, señor Dobson.

Simone sacó el dinero de su bolso.

—¿Quiere un recibo, señorita Limat?

—No hace falta, señor Dobson. ¿Cuándo podrá darme el primer informe?

—Muy pronto, quizá esta noche. ¿Estará usted en el hotel?

—Si no estuviese, le ruego insista en verme.

—De acuerdo, señorita.

Dobson alargó la mano para despedirse. A Simone no le gustó el contacto de aquella mano. Estaba sudada, pringosa, como si la hubiese metido en un barril de melaza.

Apenas se encontró fuera, la joven se limpió fuertemente ésta.

Fue al hotel.

En el registro, cuando fue a retirar la llave, el empleado le dijo:

—Un caballero preguntó por usted.

—¿Quién?

—El señor Frank Lowe. Rogó que si usted venía se reuniese con él en el bar.

—Gracias —dijo ella, y se fue al bar.

Lowe saltó del taburete saliendo a su encuentro.

—Encantado de volverla a ver, señorita Limat. Traje su ropa,

está en el coche.

—Siento que se haya molestado.

—No es una molestia. Por el contrario, me ha deparado la oportunidad de tenerla otra vez ante mis ojos. Ayer, debido a las cosas que ocurrieron, quizá no fui un buen anfitrión.

—Oh, no, señor Lowe; tuvo usted mucha paciencia.

Éste sonrió.

—¿Ha cambiado usted de idea, señorita Limat?

—¿Respecto a qué?

—A su tío.

—Oh, sí, ahora estoy convencida de que el hombre que nos hizo señales desde el promontorio era usted.

Sintió sobre sí la mirada de Frank.

—Me alegro mucho de que haya recapacitado. ¿Puedo invitarla, señorita Limat...?

—No, gracias, no bebo nada.

—No me refería a beber, sino a dar una vuelta.

Simone titubeó unos instantes. Si se negaba, aquel hombre se marcharía. Por otra parte, si ella estaba en lo cierto, Frank Lowe tenía que ser un eslabón en la cadena.

—Muy bien, señor Lowe, acepto su invitación.

El coche de éste era un descapotable color guinda.

Corrieron por una autopista alejándose de Kingston.

—¿Le gusta la isla, señorita?

—Mucho. Tiene un especial encanto. ¿Cuánto tiempo lleva en Jamaica, señor Lowe?

—Descubrí este refugio hace cosa de cinco años. Invertí algún dinero aquí.

—¿En qué, señor Lowe?

—En unas minas de cobre... Quiero que las vea. Pasaremos por allí. Sólo fue una inversión para el futuro. Cerró las minas porque ahora no es negocio. En caso de una guerra mundial, podré ganar mucho dinero.

—Es extraño que un productor teatral como usted, piense ganar dinero a costa de una guerra.

Lowe la miró por el rabillo del ojo y sonrió.

—Yo no deseo una guerra, igual que la mayoría de los hombres, pero es inevitable.

—¿Por qué lo cree así?

—¿Estudió la historia, señorita Limat?

—La he estudiado.

—Entonces habrá llegado a la conclusión de que es imposible que reine la paz en este viejo mundo.

—Opino que se equivoca, señor Lowe. Todo consiste en que se eduque a los pueblos haciéndoles comprender que la guerra sólo conduciría a la extinción de la especie humana.

—Había olvidado por un momento que es sobrina de Bernard Gilles.

La joven sintió un escalofrío por la espalda.

—Eso quiere decir que conoce las doctrinas de mi tío con respecto a la supervivencia de la especie. Escribió un libro sobre ese tema.

—El hombre y su posibilidad de seguir viviendo.

—Sí, señor Lowe, ése es el título.

—¿Sabe que lo he leído un par de veces?

—No comprendo entonces el que continúe pensando en hacer su negocio con la mina de cobre en caso de guerra.

—Yo no voy a encender la mecha, señorita Limat. Puede estar segura.

—Oh, no, ya lo sé. Usted sólo va a aprovecharse de las circunstancias.

—¿Qué quiere? ¿Qué me cruce de brazos? Si no me aprovecho yo, otros lo harán. Recuerdo el viejo principio. En la guerra y en el amor, todos los medios son buenos.

—¡Cuánto daño ha hecho ese principio tan inmoral en el mundo...!

—Quiero decirle algo para su tranquilidad, señorita Limat. No creo que la guerra mundial esté próxima.

—¿Cuándo cree usted que estallará?

—Dos años... tres... ¿quién sabe?

—Su plazo es muy corto, señor Lowe.

—Es posible que acierte, pero me puedo equivocar.

—Se equivocará necesariamente.

—Eso es sólo un deseo suyo, ¿verdad?

—Una esperanza.

—Muy poético... Ya llegamos, señorita Limat.

Lowe se apartó de la autopista y el coche corrió por un camino polvoriento.

Simone vio unas colinas sobre cuyas laderas se alzaban algunas cabañas de madera.

De pronto, un perro se puso a ladrar.

Era un hermoso ejemplar de perro lobo y echó a correr furioso al encuentro del coche.

Lowe frenó el vehículo y saltó fuera.

—¡Ven aquí, «Dick»!

El animal dejó de ladrar y acudió con las orejas gachas al lado de Lowe.

—«Dick», quiero presentarte a una señorita, Simone Limat.

El perro miró a la joven y se puso a ladrar furiosamente.

—Parece que no le gusté —dijo Simone.

—A «Dick» le cuesta hacer amigos, pero no se preocupe, no le hará daño.

—Eso espero.

—Ande, baje y le enseñaré esto.

—Si me lo permite, prefiero quedarme en el coche.

—Ni pensarlo, Simone. Desde lo alto de la colina se ve una hermosa panorámica de la isla. No se la puede perder. Cuando la haya visto me lo agradecerá.

La joven bajó del coche.

El perro fue a lanzarse sobre ella ladrando.

—Quieto, «Dick» —ordenó Frank.

—Al parecer, señor Lowe —dijo Simone—, su perro tiene las mismas ideas que usted con respecto a la guerra.

Éste sonrió por lo bajo y habló al perro.

—Vuelve a tu madriguera, «Dick».

«Dick» interrumpió sus ladridos y corrió hacia una de las cabañas.

Frank tomó a la joven del brazo.

—Ande, venga.

Subieron por la ladera y se internaron por la floresta.

Mil pájaros de varios colores levantaron el vuelo a su paso.

Llegaron a lo alto y él se apartó de la joven e hinchó los pulmones de aire.

—Vea eso —abarcó con su brazo el paisaje.

Simone estaba jadeante. El último tramo de la subida era muy pronunciado y le había quitado también la respiración. Pero, al ver el cuadro que se ofrecía a sus ojos, hubo de admitir que Frank no la había engañado. Era maravilloso.

Lowe se movió hacia la izquierda.

—Venga aquí.

A la otra parte de la colina había un precipicio de unos cincuenta metros. Abajo las rocas se habían derrumbado durante la explotación minera.

La joven sintió miedo. De pronto se preguntó por qué Frank la había llevado allá arriba. Aquél era un lugar solitario. No se veía ni un alma. Sólo el perro. Si Frank la empujaba...

—¿En qué piensa, señorita Limat?

—¿Por qué lo pregunta?

—Tiene el ceño fruncido. Bueno, la dejo aquí un momento.

—¿Por qué? ¿Adónde va?

—Hay un río subterráneo que pasa por las galerías. Su nacimiento está un poco más allá, a cosa de una milla. El encargado me dijo que un alud desvió el curso del río. Tendré que hacer algunas obras para asegurar el suministro del agua. Éste es el motivo por el que quise venir aquí hoy. Naturalmente, lo aproveché para que usted me acompañase. Volveré enseguida, señorita Limat.

Simone prefirió quedarse allí.

Vio a Frank desaparecer por entre los arbustos y se sintió más tranquila.

Se deleitó con la panorámica mientras llevaba aire a sus pulmones.

Sí, Jamaica era una isla maravillosa.

Se sentó en una piedra, a unas dos yardas del borde del precipicio y miró el mar que se extendía al fondo.

De pronto oyó un ruido a sus pies. La tierra tembló.

Lanzó un grito y se levantó para apartarse de allí, pero en ese momento se hundió el suelo en que se apoyaba.

Instintivamente alargó los brazos. Sus manos se agarraron a una piedra. Cajo ella, continuó oyendo el estruendo. Aquella parte de la montaña se estaba viniendo abajo.

La piedra a la que se había aferrado se desprendió.

Lanzó otro alarido. Iba a caer en el vacío, en aquella profunda

sima.

Cuando cruzó tal idea por su mente, su grito fue largo, lleno de mortal angustia.

## CAPÍTULO VI

Simone resbaló por la pendiente que se desmoronaba.

Sus manos se asieron a un arbusto, el cual detuvo su carrera hacia el fondo.

El polvo y la tierra le cayeron sobre la cara, cegándola por unos instantes.

Permaneció quieta, pegada a la pared.

Poco a poco, el estruendo se fue acallando.

La joven se atrevió a abrir los ojos. Miró hacia arriba. Estaba a unos dos metros del borde, colgando en el vacío. Trató de apoyar los pies, pero la tierra se deshizo.

No, no podía valerse de sus propios medios para salir de allí.

—¡Señor Lowe! —gritó.

Sólo obtuvo como respuesta los chillidos de los pájaros que volaban asustados después del desprendimiento de aquel trozo de montaña.

—¡Señor Lowe...! —repitió.

Oyó pasos arriba y de pronto vio aparecer a Frank.

—¿Qué pasó, señorita Limat?

—Un alud, sáqueme de aquí.

—Cielos, no puedo llegar ahí abajo. Tendré que buscar una cuerda.

—Para cuando la encuentre, me habré caído. Ha de haber otro medio. Atrape la rama de un árbol...

—Sí, señorita Limat. Voy a buscarla...

Transcurrió un minuto. Simone trató de cogerse mejor al arbusto pero éste cedió.

Aterrorizada, vio como la tierra que rodeaba el arbusto se desprendía apareciendo algunas raíces.

Deseó no pesar nada para que el arbusto pudiese sostenerla.

Un minuto... Dos...

Oyó una carrera arriba y apareció Frank en el borde con una rama.

—Creo que ésta es buena. Agárrese fuerte.

—Sí, señor Lowe.

El hombre se puso de rodillas al borde del abismo. Desprendióse más tierra que obligó a Simone a cerrar los ojos para no quedar otra vez cegada.

—Ahí la tiene... Agárrese.

Simone atrapó la rama con la mano derecha.

Pasó una idea por su mente. ¿Y si Frank la dejó intencionadamente arriba porque sabía que aquella parte de la montaña se desprendería bajo el peso de ella? Miró la cara de éste. La miraba muy serio, los ojos brillantes. Si ella se asía a la rama, Frank sólo tendría que hacer una cosa. Soltarla. Entonces se iría irremisiblemente al fondo.

—Vamos, señorita, ¿qué está esperando?

Sí, eso es lo que quería Lowe, que agarrase la rama de una vez.

Del arbusto que la había sostenido durante todo el rato se desprendió otra vez tierra.

Aparecieron más raíces.

—Señorita Limat, ¿qué le pasa? ¿Es que quiere morir...? ¡Ese arbusto se va a desprender...! ¡Rápido!

Él tenía razón. El arbusto no soportaría más su peso. No había salvación para ella. Ninguna.

Atrapó con la mano izquierda la rama. Lo hizo muy a tiempo porque el arbusto se desgajó de la tierra, aunque quedó colgando allá arriba, sostenido tan sólo por unas delgadas raíces.

Simone quedó suspendida en el vacío porque Lowe no tiró hacia arriba.

—Estoy en mala posición, señorita Limat —explicó él.

Simone apretaba los dientes haciéndolos rechinar. Aquel hombre era un asesino. Lo leía en su cara. Lo había comprendido la noche anterior en la casa de él cuando la miró de la misma forma que lo estaba haciendo ahora. Quería que estallase la guerra... Iba a ser un gran negocio. Si no le importaba un ardite la vida de millones de seres humanos, ¿cómo le iba a importar la de uno solo, la de ella?

Frank Lowe tiró de la rama.

Simone ascendió sintiendo que la sangre se le había congelado en las venas.

Medio metro... un metro...

Observaba aterrorizada los ojos de Frank. Aquel hombre era un sádico. Estaba simulando que la quería salvar, pero, de un momento a otro, soltaría la rama... Seguro que lo haría.

Pero él siguió tirando de la rama.

Simone llegó a lo alto, puso un brazo en el borde y rodó por el suelo alejándose de Lowe.

Quedó tendida de bruces, respirando entrecortadamente.

Alzó la cara.

El hombre estaba en pie, frente a ella, con la rama en la mano. La dejó caer ahora a sus pies.

—Me ha hecho pasar un gran susto, Simone.

La joven no dijo nada. Le producían mucho asombro aquellas palabras.

—¿Se encuentra bien, Simone?

—Sí.

—Lo siento, ha sido culpa mía. No debí traerla aquí... A veces se producen estos desprendimientos debido a las lluvias.

La ayudó a levantarse.

—Se ha roto el vestido...

—Lléveme al hotel, ¿quiere?

—Desde luego, Simone.

«Dick», el perro lobo, los acompañó hasta el coche. Ya no ladraba.

—Creo que se ha hecho ya amiga de «Dick».

—Oiga, señor Lowe, ¿cómo es que está el perro aquí solo?

—No lo está. Hay un hombre que cuida de todo esto.

—¿Dónde está?

—Por ahí, no sé dónde habrá ido.

Simone alzó los ojos y vio salir a un hombre de entre las rocas, donde ella había estado a punto de ser sepultada. Era un viejo de unos sesenta años. Se cubría con una camisa a cuadros y sus pantalones estaban muy sucios de polvo, así como sus botas.

Simone miró hacia arriba, donde su vida había estado pendiente de un hilo.

—¿Cómo se llama ese hombre? —preguntó casi inconsciente.

—Elroy Mattox.

El viejo descendió por la ladera y el perro se puso a dar vueltas a su alrededor.

—Perdone, señor Lowe, no le oí llegar. Estaba durmiendo...

Simone se fijó en el polvo de la ropa de aquel hombre. ¿Sería verdad que había estado durmiendo o había sido el encargado de provocar el alud...? Pero, si era así, ¿por qué Lowe le había salvado la vida?

De pronto, un coche llegó ante el convertible frenando bruscamente. Saltó de él un muchacho joven de unos diecinueve o veinte años.

—¿Se encuentra bien, señorita?

Simone lo miró un poco asombrada.

—Sí, desde luego.

—La vi colgando desde el camino.

Ella miró a Frank Lowe y luego a la montaña. Ahora estaba claro. Frank la había salvado contra su voluntad porque debió ver a aquel automovilista al fondo. No podía matarla en presencia de un testigo.

—¿Puedo servirle de ayuda, señorita?

Antes de que Lowe respondiese, Simone contestó con rapidez:

—¿Sería tan amable de llevarme a la ciudad?

—Cuenta con ello, señorita.

La joven observó otra vez la cara de Frank. Parecía tallada en piedra.

—Imagino que querrá seguir examinando sus minas de cobre, señor Lowe.

—Acertó, señorita Limat. He de comprobar el estado en que se encuentra una de las galerías. Elroy me dijo que se hundió esta noche.

—¿Tiene mi ropa?

—Oh, sí, está en el portaequipajes. La sacaré en un momento — éste lo abrió y le entregó un paquete.

—Gracias por su paseo, señor.

—No hay de qué.

—Siempre recordaré el momento en que usted me salvó la vida. Notó que los ojos de él brillaban como trozos de hielo.

Simone se sentó en el asiento delantero del coche, junto al muchacho.

Enseguida el vehículo se puso a correr por el camino polvoriento.

—Fue un milagro que se quedase colgando allá arriba.

Simone pensó, sin embargo, que lo más maravilloso de todo era que él hubiese pasado por allí en aquellos instantes.

Todo estaba claro para ella. La querían matar porque no había dado su brazo a torcer en el asunto de su tío. Ahora estaba más segura que nunca de haberle visto en aquel lugar de la costa, cerca de la casa de Lowe. Pero había algo inexplicable, ¿por qué estaba allí solo?

Pensó en algo que no había tenido en cuenta hasta ahora. ¿Y si su tío Bernard había sido encerrado en casa de Lowe y logró escapar durante la tempestad? ¿Y si las señales que hacía era para que se acercasen a la playa y le prestasen ayuda para huir de sus aprehensores...?

Se dio cuenta de que el joven le estaba hablando.

—¿Tiene ya acompañante para la fiesta de esta noche?

—¿Una fiesta...? Lo ignoraba.

—La población de color de la isla celebra una de sus fantásticas noches.

—Perdone mi ignorancia con respecto a las costumbres de Jamaica, señor...

—Bertin, Emile Bertin. ¿Ha asistido alguna vez al carnaval de Niza?

—Sí.

—Es lo que se va a celebrar en Kingston. Una auténtica carnavalada. Negros y blancos danzan por las calles disfrazados, cubiertas las caras con máscaras...

—Debe ser divertido.

—Mucho. ¿En qué hotel se aloja?

—Perdone, señor Bertin, pero usted acertó antes. Tengo ya compañero.

—¡Qué lástima!

—No irá usted a decirme que no tiene ya a su chica.

—Claro que la tengo, pero ella es aburrida.

—¿Cómo sabe que yo no lo soy?

—Eso es algo que se nota en la cara y en otras cosas —dijo Bertin resbalando la mirada por el cuerpo de Simone.

—Cuidado, chico, todavía no llegaste a la mayoría de edad.

—No, ¿eh? —dijo Bertin y frenó bruscamente el coche.

—¿Eh, qué vas a hacer?

—Ahora lo verá —dijo el muchacho y trató de basarla.

—¡Quieto, Emile! —gritó Simone.

Pero el muchacho no se estuvo quieto. Pretendió besarla en la boca y, como ella desvió la cabeza, sólo la pudo besar en el cuello.

—Vamos, cervatilla —dijo Bertin—. Prueba y ya verás cómo te gusta.

Simone le soltó una bofetada.

El muchacho retrocedió perplejo.

—Me has pegado.

—Y te sacaré los dientes como lo intentes otra vez.

Simone sabía que por su parte eso era una fanfarronada, ya que Emile era mucho más fuerte que ella.

—Viniste conmigo porque te gusté, nena.

—¿Eh?

—Dejaste plantado a ese tipo. ¿Crees que no me di cuenta?

Simone sacudió la cabeza.

—Qué sagaces sois los jóvenes de hoy en día.

—Tú no eres precisamente mi abuelita. Tienes mi edad.

—Tengo casi dos años más que tú, y eso me da derecho a frenar tus próximos actos. Emile, pon otra vez en marcha el coche y sigue el camino a la ciudad.

El joven aceptó de mala gana.

—Perra suerte la mía... Me encuentro con una chica de campeonato y me suelta una bofetada.

—Pobre Emile. Eres un incomprendido.

—Eh, deja ya de burlarte.

—Perdona, chico.

—¿Vendrás conmigo esta noche?

—Ni lo pienses.

—Me pondré un bonito disfraz, te gustará.

—Sí, ya lo sé, estarás muy hermoso. Irás disfrazado de pulpo, con seis brazos extras, para que no se te escape la chica.

Emile no tenía sentido del humor porque siguió tan serio como

estaba.

—Llévame al hotel Regent —dijo Simone—, si sabes dónde está.

—Claro que lo sé —contestó él con acritud.

Llegados al hotel, la joven saltó y Bertin lo hizo también interceptando el paso de Simone.

—Eh, chica, vendré por ti a las siete. ¿Correcto?

—Lo siento, pero estaré muy ocupada.

Simone se puso de puntillas y le besó en la mejilla.

Emile quedó muy sorprendido viendo como la joven entraba en el hotel, tocándose la mejilla donde ella lo había besado.

Ella penetró en el hotel riendo. Había besado al muchacho porque le debía la vida, lo cual Emile estaba muy lejos de imaginar.

Subió a su habitación y tomó una ducha. Había recibido un golpe en la cadera en donde le había aparecido un cardenal.

El teléfono se puso a sonar.

La joven salió de la ducha cubriéndose con una toalla.

Entró en el dormitorio dejando tras sí un reguero de agua.

—¿Sí?

—Hola, señorita Limat.

La joven sintió un estremecimiento. Era otra vez aquel desconocido.

—¿Qué quiere ahora?

—Felicitarla por su gran trabajo.

—No sé a qué se refiere.

—Siguió mis consejos, señorita.

—Ni lo piense. Mi tío está en México.

—Sé que ha emprendido una investigación.

—Está mintiendo. Usted no sabe nada.

—¿Quiere que le diga el nombre del detective que contrató? Se llama James Dobson.

—¿Quién es usted?

—Un amigo suyo.

—Si en verdad lo fuese, se daría a conocer.

—No puedo.

—¿Por qué?

—No me dejan.

—¿Qué quiere decir?

—Hay alguien que está por encima de mí. He de obedecer unas

órdenes.

—¿Quién es esa persona?

—No puedo decírselo, señorita Limat, Debe continuar su gestión para dar con el paradero de su tío.

—¿Dónde está?

—Si yo lo supiese, no tendría necesidad de hablar con usted. Buena suerte, señorita.

—¡Espere un momento!

—¿Sí?

—¿Mi tío está en México?

—Ya le dije que no.

La joven se humedeció los labios con la lengua. No sabía quién era el hombre que estaba al otro lado del cable ni a quién representaba.

—¿Por qué quiere que encuentre a mi tío?

—Lo sabrá cuando haya aparecido.

—¿Cómo se enterará que lo he encontrado?

—No se preocupe, señorita Limat, yo sé muchas cosas sin necesidad de que me las digan. Le repito mis mejores deseos, señorita Limat.

Se interrumpió la comunicación y esta vez Simone no intentó golpear la horquilla como lo había hecho antes.

Después de permanecer pensativa unos instantes, se encogió de hombros y regresó al cuarto de baño.

Se había terminado de vestir cuando llamaron a la puerta.

—¿Quién es?

—Phil Donen.

El secretario de Bernard se cubría con un traje tropical color verde botella, camisa blanca y corbata jaspeada.

—¿Qué tal le va su estancia en la isla, señorita Limat?

—Muy bien.

—He recibido nuevas noticias de su tío.

—Desde México, ¿verdad?

—Oh, sí, ¿desde qué otro sitio podía ser?

—¿Y qué dice mi tío desde allá? —preguntó Simone con cierta ironía.

—Será mejor que usted lo lea.

—Muy bien, deme ese telegrama —Simone lo tomó. El texto del

telegrama decía así:

«Ruego convenza a mi sobrina Simone para que regrese a Francia. Su estancia en Kingston no se debe prorrogar ni un día más. Muy pronto tendré oportunidad de explicar a Simone motivos. Bernard Gilles».

—Muy bien, señor Donen. Ha sido usted muy amable al traerme este mensaje de mi tío.

—He hecho algo más, señorita Limat.

—¿Sí?

—Le traigo un billete para el avión que sale esta noche para París, vía Londres.

—Quédese con su billete, señor Donen.

—¿Qué quiere decir?

—Que no me voy.

—Pero su tío...

—No me importa lo que ha dicho éste.

—Debería seguir el consejo del señor Gilles. Su tío dice que le dará las explicaciones en el momento oportuno.

—Éste es el mejor momento para dar esas explicaciones. ¿Por qué no recibirlas de usted?

—Las desconozco.

—No le creo.

—Señorita Limat, sería mucho mejor que acabásemos de una vez esta discusión.

—Ya está terminada. Me quedo.

—Espero que no sea una decisión definitiva.

—Lo es, señor Donen.

—¿Puedo preguntarle la causa de su terquedad?

—Sí. Me he enamorado de un hombre.

Donen enarcó las cejas.

—¿Qué dice?

—Ya lo ha oído. Cupido me pegó un flechazo.

—Es de pésimo gusto su broma, señorita.

—No lo cree, ¿eh?

—No se puede haber enamorado de un vulgar marino que se dedica a alquilar su embarcación a los turistas.

—¿Cómo sabe usted que yo me he relacionado con Paul Burnett?

—Señorita Limat, ésta no es una ciudad como París. Aquí se sabe todo.

—Si es así, usted, como secretario de mi tío, debería saber qué pasa con él.

—Al señor Gilles no le pasa absolutamente nada. Ha enviado dos telegramas desde México y en el último se interesa por usted.

—¿Quiere que le diga una cosa, señor Donen?

—La escucho.

—No creo que mi tío haya enviado esos telegramas.

—¿Qué dice?

—Ya lo ha oído. Sé que alrededor de mi tío existe un complot.

—No sabe lo que habla, señorita Limat.

—Claro que lo sé. Han intentado matarme.

—Oh, no.

—Sí, señor Donen. ¿Qué sabe usted de eso?

—¿Por qué cree que debo saberlo?

—¿Necesita que se lo diga claramente?

—Ya entiendo, piensa que tengo que ver con el supuesto atentado contra su vida.

—Sí, señor Donen.

—Si es así, ¿por qué no avisa a la policía?

—No tengo ninguna prueba.

Hubo un silencio.

Donen guardó el telegrama en el bolsillo y caminó hacia la puerta. Antes de salir, se detuvo y volvió la cabeza.

—Dejaré el billete para el avión en un sobre a su nombre, en el registro.

—Es mejor que se lo lleve.

—Espero que cambie de opinión de aquí a las once.

Tras decir eso, Donen salió de la habitación.

Simone hizo un gesto de rabia.

Ahora ya no tenía la menor duda de que Phil estaba relacionado con la desaparición de su pariente.

Pero ¿por qué simulaban que él estaba en México? ¿Qué clase de

juego absurdo era aquél?

Si ella no hubiese visto a tío Bernard en las inmediaciones de la casa de Lowe, habría creído que éste estaba muerto, pero sus ojos no la habían traicionado. Estaba segura de ello.

Una sacudida eléctrica le recorrió el cuerpo al pensar que, con su llegada a Kingston, hubiese empeorado la suerte de Bernard. ¿Y si lo habían matado después que ella lo descubrió con los prismáticos?

Sintió que las piernas se le aflojaban.

Otra vez llamaron a la puerta.

Acudió a abrir furiosa.

—¡Ya le he dado mi respuesta, señor Donen! —dijo al tiempo que abría.

Pero no era éste quien se recortaba en el hueco, sino Paul Burnett.

## CAPÍTULO VII

—Al parecer recibió visita, Simone —dijo Paul entrando.

—Sí.

—Y no fue de su agrado.

El joven entró en la habitación y cerró a su espalda.

La muchacha paseó por la habitación con las manos a la espalda.

Se detuvo mirándole.

—Han ocurrido unas cuantas cosas que debe usted saber.

—¿Qué es ello?

—Intentaron matarme.

—No, Simone.

—¿Por qué todo el mundo se niega a creerme?

—Está bien, cuéntemelo.

—¿Para qué quiere que lo haga? Usted dirá que fue un accidente, un simple azar...

—Espere a escuchar mi opinión y no se adelante.

—Muy bien, se lo contaré.

Cuando Simone hubo terminado su relato, Paul cabeceó.

—Es posible que tenga razón.

—La tengo. No me equivoco... Me he convertido en una mujer peligrosa para ellos. Phil Donen estuvo aquí antes que usted. Me trajo un billete para que regresase a París esta misma noche. Y si quiere la prueba, puede pasar por el registro. Phil habrá dejado el billete en un sobre.

—Está bien, Simone; vamos a investigar juntos.

—Hay otra persona que está investigando.

—¿Quién?

—Un detective privado.

—¿Cómo se llama?

—James Dobson.

—Lo siento, eligió mal. Es un tipo sin escrúpulos.

—¿Qué sabe de él?

—Se dedica al chantaje... Utiliza jóvenes de bonita figura que comprometen a turistas casados. Saca fotografías y luego les pide dinero a cambio del negativo.

—Yo ignoraba todo eso.

—No se preocupe. A partir de ahora, nos dedicaremos a trabajar por nuestra cuenta.

—Pero ¿por dónde vamos a empezar?

—Por Frank Lowe.

—¿Quiere decir que vamos a ir otra vez a su casa?

—No, eso no daría resultado. ¿Qué pasó con usted? Estuvo allá arriba en aquella habitación y no encontró nada. Jugaría con nosotros, suponiendo que esté metido en el lío.

—Claro que lo está, y también Phil Donen. A propósito, ha vuelto a llamar el desconocido.

Ella le contó la clase de conversación que había sostenido con el hombre que la alentaba a encontrar a su tío.

—Simone, quiero hacerle una pregunta —dijo Paul—. ¿A qué clase de trabajo se dedica su pariente?

—Se había retirado de su profesión, y estoy segura que no ha ido a México. Por tanto, esas conferencias sólo han existido en la mente de Donen.

—Pero dígame, ¿en qué se ocupaba él?

—Para tío Bernard sólo existía un problema, la supervivencia del hombre sobre la tierra. Todos sus esfuerzos estaban encaminados a eso. Había estudiado el origen del hombre, pero luego se interesó más por su futuro... Espere, ahora recuerdo...

—¿Qué cosa?

—El párrafo de una de las cartas que me escribió hace cosa de un año —la joven cerró los ojos haciendo un esfuerzo por recordar—. Sí, creo que lo tengo...

—Me está intrigando.

Simone abrió los párpados poco a poco mientras decía:

—Mi tío me decía que estaba tan satisfecho de haber suspendido los experimentos que estaba realizando en Francia, que decidió abandonarlo todo y que, gracias a ello, el hombre podría continuar

viviendo libre sobre el planeta.

En aquel momento sonó otra vez el teléfono.

Los dos lo miraron a un tiempo.

—Conteste —dijo Paul.

La joven tomó el auricular.

—¿Si?

—Perdón, señorita Limat, pero necesitaba hablar urgentemente con usted.

Simone cubrió el micro.

—Es el desconocido.

Paul le hizo una seña con la cabeza.

—Le escucho —dijo ella.

—Usted sabe que se celebra esta noche una fiesta en Kingston, ¿verdad, señorita?

—Sí, me hablaron de ella.

—Usted va a ir al sitio donde yo le indique.

—¿Para qué?

—No pregunte y atégase a mis instrucciones. Usted irá al club Paradise.

—¿A qué he de ir a este club? ¿Dónde está?

—Al sur de la ciudad.

—¿Por qué tengo que ir allí?

—Le he dicho que no pregunte. Yo le informaré de todo lo que necesita saber.

—Está bien, continúe.

—Usted ha de ir disfrazada de campesina húngara.

—Disculpe, pero yo no tengo disfraz.

—Hay una casa que los alquila cerca de su hotel. Pregunte a uno de los empleados y le indicará el camino.

—¿Por qué he de ir a este club disfrazada de campesina húngara?

—Eso forma parte del plan.

—¿Qué plan?

—Señorita Limat, es imposible hablar con usted sin que me interrumpa con sus preguntas. Calle la boca de una vez y déjeme terminar.

La joven dio un suspiro.

—Muy bien, adelante.

—Ha de cubrirse la cara con una máscara. Irá sola al club y ese detalle quiero que lo tenga muy presente.

—¿Qué más?

—Eso es todo.

—¿Cómo...? Pero usted me tiene que explicar alguna otra cosa. ¿Qué tengo que hacer yo en el club? ¿He de bailar con todo el mundo o solamente con los morenos...? ¿Debo decir que sí a los pelirrojos? ¿O son los calvos los que gozan de su preferencia...?

—Limítese a cumplir lo que le he dicho. Eso es todo, señorita Limat. Hasta la vista.

—¡Espere!

Sonó un clic interrumpiendo la conversación.

—¿Qué pasa, Simone? —preguntó Paul.

Ella le explicó la clase de conversación que había sostenido con el desconocido.

—Yo iré con usted —dijo él.

—Pero ha dicho que debo estar sola.

—Lo estará, pero permaneceré cerca de usted para el caso de que ocurra algo imprevisto. Naturalmente, también me pondré un disfraz.

—¿Y si se diesen cuenta?

—No tienen por qué saberlo.

—¿Qué disfraz se pondrá?

—Creo que me irá bien el de mosquetero. Me pondré una hermosa peluca y, con el ancho sombrero, será suficiente. El antifaz hará el resto.

—Imagino que no sustituirá la espada por la pistola. Sería un mosquetero demasiado moderno...

—Teniendo en cuenta el asunto, creo que haría mejor papel con una metralleta.

—¿Sabe dónde está la tienda de disfraces?

—A la mitad de la calle Victoria, saliendo del hotel la primera a la derecha. Será mejor que vaya sola.

—Estoy de acuerdo.

—Usted irá primero y yo iré después... No conviene que nos vean juntos.

—Hasta luego, Paul.

—Yo llegaré al Paradise hacia las ocho. Procure usted llegar un

poco después.

—Trato hecho.

El joven le guiñó el ojo izquierdo y salió de la habitación.

La joven encendió un cigarrillo y esperó unos minutos. Por último, también ella abandonó el hotel.

Había empezado a andar cuando oyó que la llamaban.

—Señorita Limat.

Era Frank Lowe, que estaba al volante del descapotable color guinda.

La joven titubeó unos instantes. Si iba hacia la tienda de disfraces, Frank la podía seguir y eso era algo que tenía que impedir a toda costa.

Se acercó al descapotable y éste salió del asiento delantero.

—¿Le pasó ya el susto?

—Sí, señor Lowe... Por cierto que el mal rato me hizo pensar en cosas absurdas.

—Usted pensó que yo la iba a matar, que aquel alud fue preparado por mi empleado Elroy Mattox...

La joven forzó una sonrisa.

—Sí, señor; todo eso creí.

—¿Y ahora...?

—He tenido tiempo para recapacitar. Usted mismo lo dijo. Esos desprendimientos de tierra son frecuentes en aquella parte de la montaña por efecto de las lluvias.

—Quiero que me de una prueba de su arrepentimiento.

—¿Qué desea, señor Lowe?

—Ha de aceptar mi invitación para cenar conmigo esta noche.

—Lo siento, pero no puedo.

—¿Por qué no?

—Estoy comprometida.

—Pensaba llevarla a un buen lugar donde pasaríamos un rato divertido, pero ya veo que me sacaron ventaja.

—Prolongaré mi estancia todavía algunos días, señor Lowe, y aceptaré muy gustosa su invitación otra noche.

—He de conformarme con mi derrota. Y eso me hace recordar que me gustaría conocer el nombre de mi enemigo.

Simone se dijo que Lowe no era muy sutil tratando de averiguar quién era el hombre con el que ella iba a salir. Pero no se lo diría.

Además, tenía que estar sola en el Paradise.

—James Dobson —dijo al azar.

Frank arrugó el ceño.

—¿Lo conoce, señor Lowe?

—Sí, y me temo que no es el compañero ideal para usted.

—No es usted la primera persona que me habla mal de este señor.

—¿Quién fue la otra?

—Un empleado del hotel —mintió ella.

—Pero todavía está a tiempo de rectificar. Hágale una llamada a Dobson y dígame que no puede ir.

—Lo siento, señor Lowe, pero no puedo hacer eso.

—Muy bien, no puedo forzarla, aunque sigo pensando que Dobson no es un hombre de fiar.

—No se preocupe, sé cuidar de mí misma.

—Es cierto. Dio una prueba de ello cuando, al sobrevenir el alud, logró agarrarse del arbusto.

La joven se estremeció al recordar el momento en que quedó suspendida en el vacío.

—Pero no debe confiarse demasiado, señorita Limat. A veces, eso puede resultar peligroso. Celebraré que se divierta esta noche.

—Gracias, señor Lowe.

Frank ocupó el asiento ante el volante y puso en marcha el auto.

Simone vio alejarse el convertible, pero continuó inmóvil en el mismo sitio mientras su mente repetía las últimas palabras de Frank. «Pero no debe confiarse, señorita Limat. A veces, eso puede resultar peligroso...»

## CAPÍTULO VIII

Simone estaba sentada en una mesa del club Paradise.

Vestía el disfraz de campesina húngara, cubierta la cara con un antifaz negro.

Vio un mosquetero que le hacía una señal imperceptible junto a una columna.

Ella esbozó una sonrisa. A Paul le sentaba muy bien el disfraz.

Vio que se dirigía al bar.

Ya habían transcurrido quince minutos desde que estaba allí.

—Hola, nena, ¿estás sola?

Un hombre vestido de Mefistófeles le sonreía demoníacamente.

—Espero a alguien.

—A mí.

—No, se equivoca.

—Tú eres Margarita.

—Vi pasar a su Margarita hace un rato hacia el jardín.

Mefistófeles ocupó una silla.

—Eh, no puede sentarse ahí —dijo Simone.

—¿Por qué no...? Leo en tus ojos el fuego de la pasión...

—Su receptor le funciona mal, señor Mefistófeles. Le estoy enviando adonde debe estar. Al infierno.

Mefistófeles lanzó una carcajada escalofriante.

—Ven conmigo y te enseñaré el mundo, Margarita... Recorreremos países, ciudades y yo te señalaré al hombre con el que te desposarás, a Fausto.

—Enséñeselo a alguna de sus tías que esté soltera.

—Me apasiona tu forma de hablar.

—Es la típica de una campesina húngara.

—Hungría... qué país... qué vino y qué mujeres... ¿Y el

Danubio? ¿Qué me dices del Danubio...?

—Que sigue pasando por allí.

Mefistófeles se inclinó sobre la joven.

—Te diré algo al oído.

En ese momento, una mano se posó sobre el hombro de Mefistófeles.

Ésta pertenecía a un hombre que se cubría con un disfraz de Arlequín y el rostro con una máscara grotesca.

—¿Quiere largarse, Mefistófeles?

—¿Con qué derecho me dice eso? Yo vi primero a la chica.

—Yo de usted no discutiría eso.

Simone sintióse temblar al oír la voz de Arlequín. Le resultaba conocida.

Mefistófeles se levantó majestuoso.

—Lo voy a convertir en una hormiga, payaso —dijo.

Arlequín hundió el puño derecho en el estómago de Mefistófeles y éste retrocedió soltando arcadas.

—Lárguese si no quiere que le pase algo malo.

Mefistófeles dio media vuelta y escapó como si realmente tuviese prisa por volver al infierno.

Arlequín quedó enfrentado a ella.

—Hola, Simone.

La joven se estremeció nuevamente.

—Esa voz... —dijo.

—Sí, soy yo, quién tú supones. Tu tío Bernard.

—No puedo creerlo.

—No puedo quitarme esta máscara, pues descubriría mi identidad, Simone.

—¿Sabías que me encontraría aquí?

—Sí.

—¿Quién te lo dijo?

—Eso no importa ahora. He de contarte muy aprisa lo que ocurre.

—Sí, tío, te escucho.

Bernard alzó los ojos y los detuvo en un lugar de la puerta.

—¡Ya no puedo, Simone...! He de marcharme...

—Iré contigo.

—No, hijita, es imposible. Pondría en peligro tu vida.

—Pero ¿qué sucede, tío Bernard?

—Dentro de media hora acude al jardín... Las tres palmeras que hay a la izquierda... Hasta luego.

Arlequín desapareció en un instante entre la gente.

Simone miró a la puerta para saber qué era lo que había alarmado a su tío.

Vio varias personas disfrazadas, hombres y mujeres María Antonieta, Luis XVI, el cardenal Richelieu, un hombre de las cavernas, pero no logró identificar en ninguno de ellos a cualquiera de las personas que hasta ahora había conocido en Kingston.

Oyó la voz de Paul cerca de ella.

—¿Quién era Mefistófeles?

—No lo sé, pero sé quién era Arlequín.

—¿Quién?

—Tío Bernard.

—No es posible. No le viste la cara.

—Pero era su voz.

—Una voz se puede disimular.

—Me iba a explicar todo el lío.

—¿Qué te dijo?

—Cuando iba a empezar su explicación vio alguien en la puerta. Se debió sentir en peligro y se marchó, pero me citó para dentro de media hora en el jardín, junto a tres palmeras que hay a la izquierda.

—¿No sabes quién ha podido alarmarlo?

—No.

Paul se inclinó sobre ella y la tomó del brazo.

—¿Qué haces, Paul?

—Vamos a bailar. El desconocido no te prohibió que lo hicieses. Ha venido ya mucha gente y con ese disfraz estás demasiado llamativa.

La joven se dejó llevar por él hacia la pista, donde reinaba un gran bullicio.

—No comprendo nada —dijo Simone—. El viaje a México de mi tío, el que yo lo viese en aquel promontorio y menos el que ahora esté aquí disfrazado de Arlequín... Da la impresión de que no ha sido secuestrado, ¿verdad, Paul?

—Sí, eso parece, pero cualquier otra hipótesis puede resultar tan

falsa como la del secuestro. Tendremos que esperar a que tu pariente te lo cuente todo en el jardín.

—¿Y si él no acudiese a la cita?

—Si eso llega a ocurrir, tendré que utilizar mis propios procedimientos. A veces, romper una cara resulta bueno.

—¿Cuál, por ejemplo?

—La del señor Frank Lowe o la de Phil Donen. Tengo dónde elegir.

—Son hombres peligrosos, Paul.

—También lo soy yo cuando me sacan de mis casillas.

—Tengo sed. Larguémonos al bar.

Se acercaron a uno de los extremos de éste. Un hombre disfrazado de Napoleón, provisto de su antifaz, daba besitos en el cuello de Josefina. El cogote debía estar demasiado empolvado porque Napoleón estornudó y la máscara se le desprendió. Era el señor Lebrun, quien se apresuró a cubrirse, y a seguir besando a la emperatriz.

Simone sonrió.

—Parece que prosperan los negocios del señor Lebrun.

—Es un Barba Azul de opereta.

—¿Martini?

—De acuerdo.

—Tardaré un poco en conseguirlos.

Delante del mostrador había una verdadera aglomeración de hombres y mujeres que trataban también de atrapar sus bebidas.

Paul se abrió paso por entre ellos dejando a Simone sola.

Uno de los camareros se acercó a la joven.

—La llaman a usted por teléfono.

—¿A mí?

—Me dijeron la campesina húngara. Es usted la única que hay.  
Cabina número tres.

La joven buscó a Paul con la mirada, pero había desaparecido.

Entonces decidió ir a la cabina.

Una vez dentro, con el teléfono en la mano, tragó saliva.

—¿Sí?

—Señorita Limat, soy James Dobson.

—Perdone, estoy muy aturdida.

—Sí, esas fiestas lo son.

—¿Ha logrado descubrir algo, señor Dobson?

—Mucho, señorita Limat.

—Infórmeme aprisa.

—No, no lo haré ahora.

—¿Por qué no?

—Porque usted va a pagar dinero por mi informe.

—Ya le pagué.

—No sea ingenua, señorita. Usted pagó sólo una pequeña cantidad y yo me jugué la piel.

—¿Cuánto quiere?

—Dos mil dólares.

—¿Dos mil dólares...? Eso es una fortuna.

—Mis noticias lo valen.

—No tengo tanto dinero.

—Eso no es cuenta mía, señorita Limat. Busque los dos mil y tendrá el informe.

—Creo que está mintiendo. No ha descubierto nada. Sólo quiere sacarme el dinero.

—Sería una lástima que perdiese la oportunidad de enterarse de todo lo que se refiere a su tío Bernard.

—Deme una prueba de que está informado.

—Ya le he dado una. ¿Cómo sabía yo que estaba en esa fiesta? ¿Cómo sabía que iba disfrazada de campesina húngara...?

Simone se mojó los labios con la lengua. El detective tenía razón.

—Señor Dobson, no puedo abandonar la fiesta ahora. ¿Le parece bien dentro de un par de horas en mi hotel?

—¿Tendrá el dinero?

—Le firmaré un cheque.

—Nada de cheques. Quiero el dinero en efectivo.

—Muy bien, trataré de conseguir los dos mil dólares.

—Bravo, señorita Limat.

—Pero no se los daré hasta haber recibido la información.

—Me parece muy justo. Recuérdelo, dentro de dos horas en su hotel.

—No podré olvidarlo.

—Diviértase ahora, señorita Limat.

Inmediatamente, Dobson colgó.

Simone salió de la cabina como una sonámbula.

Paul llegó a su lado con los Martini en la mano.

—He estado intranquilo, no sabía dónde te habías metido.

—James Dobson me ha llamado.

—¿Aquí?

—Sabía el disfraz que me pondría.

—Eso es muy extraño.

—Sí, Paul, lo es, pero él lo ha alegado como una prueba más del informe que quiere darme... A cambio de dos mil dólares.

—Condenado chantajista...

—Tengo la impresión de que esta vez dice la verdad, de que sabe muchas cosas acerca de tío Bernard. Me ha citado en el hotel dentro de dos horas pero he de llevar el dinero.

—No te preocupes. Eso será cuenta mía.

—Prefiero ir sola.

—No, esta vez lo haremos a mi manera, Simone. Esto se ha convertido en algo demasiado peligroso. Están jugando contigo como con una pelota. Ahora ya estoy seguro de que en este asunto está mezclada mucha gentuza.

—Pero iré sola al jardín a hablar con mi tío.

—En eso estamos de acuerdo. Pero repito que de Dobson me encargaré yo.

—Sí, Paul.

Bebieron el Martini y luego ella dijo:

—Sólo faltan diez minutos para que transcurra la media hora. Es mejor que yo vaya un poco antes... Quizá mi tío esté allí ya. Espera aquí, Paul.

Éste dio una cabezada de asentimiento. La joven le devolvió el vaso y caminó hacia el lugar de la cita.

En la terraza había muchas parejas.

Bajó cuatro peldaños y encontróse en el jardín, que apenas estaba iluminado.

Se encaminó por el paseo de la izquierda.

Oyó risas. Un hombre intentaba besar a una mujer y ella, aunque se resistía, parecía pasarlo muy divertido.

Continuó andando y encontró otras dos parejas, pero al final del paseo ya no había nadie.

Vio las tres palmeras juntas.

Se acercó lentamente. El lugar estaba desierto.

Apoyóse en el tronco de una de ellas y esperó mirando a un lado y otro nerviosa.

Hasta allí llegaban las voces y las risas de los asistentes a la fiesta.

De pronto, oyó un ruido a su espalda.

Se volvió sobresaltada pero tampoco vio a nadie.

Las ramas de unos arbustos se movieron en la oscuridad.

—¿Quién hay ahí?

No obtuvo respuesta.

Las ramas iluminadas por la luz de la luna dejaron de moverse.

Sintió que el corazón saltaba en su pecho.

Se arrepintió de haber ido sola. Tenía que haberla acompañado Paul. Pero ¿qué estaba pensando? Era su tío Bernard quien la había citado allí. No podía temer nada de él.

Dio un paso hacia los arbustos.

—Quédate ahí, muchacha —oyó una voz.

Era otra vez la voz de su tío Bernard, escondido tras los arbustos.

—Tío, ¿qué pasa? —preguntó ella casi en un susurro.

—No puedo continuar aquí.

—¿Por qué no?

—Me han seguido.

—Tío, he venido con un hombre que te prestará ayuda.

—No has debido llamar a la policía.

—No es un policía. El goza de mi confianza...

—Tengo que irme, me pondré en contacto contigo en otra oportunidad.

—No puedes marcharte ahora... Has de decirme qué pasa... Es imprescindible...

Otro hombre disfrazado apareció por entre los setos. Era de mediana estatura. Estaba disfrazado de mandarín chino, pero había algo en su mano derecha que desentonaba en su ropaje. Una pistola.

—Salga de ahí, amigo.

—¡No le haga daño! —gritó Simone.

—¡Cállese, señorita, si no quiere crearse más dificultades!

Por detrás de los arbustos apareció Arlequín.

—Levante las manos —dijo el chino.

Arlequín levantó las manos.

—Déjala marchar a ella —dijo.

—Cállese... Ha cometido demasiadas estupideces. Debió conformarse con su suerte.

—Jamás.

—A partir de ahora va a ser un poco más obediente. Venga acá. Acérquese, rápido.

Arlequín dio dos pasos adelante.

—¡No lo mate! —gritó la muchacha.

—Cierre el pico, hermana.

—Sí, cállate, Simone —dijo Arlequín.

El oriental soltó una risita por entre los dientes.

—En lugar de dar consejos, debió aceptar los que le dieron, amigo, y hoy estaría la mar de tranquilo.

—Sí, ya comprendo. Estaría trabajando para ustedes. Pero nunca lo conseguirán.

—Cambiaré de idea cuando cierta persona hable con usted.

—Su despreciable jefe.

—Sí, ya verá como todo se arregla. Ande, eche a andar hacia el fondo.

—¡No se puede llevar a mi tío! —gritó Simone.

—Señorita Limat, me está haciendo perder la paciencia y eso es muy malo.

—¿Qué va a hacer con mi tío?

—No tiene que preocuparse por él, está en buenas manos...

—Usted es un asesino, lo va a matar.

—Su pariente es una persona inteligente y no consentirá que lo maten.

La joven saltó sobre el mandarín. Éste levantó el brazo y lo dejó caer. La pistola golpeó contra la cabeza de Simone, quien se desplomó en el suelo.

Creyó que perdía el conocimiento.

—Es usted un criminal —oyó la voz de Bernard.

—Fue culpa de ella. Obedezca ahora, señor Gilles. Empiece a andar por donde le dije.

Simone gimió con la mente envuelta en brumas.

Oyó pasos que se alejaban. Había encontrado a su tío, pero no le servía de nada porque otra vez se alejaba de ella.

—¡Simone! —Oyó una voz.

Unos brazos la tomaron por la espalda.

—¿Qué ha pasado?

—Tío Bernard... Se lo llevan.

De pronto se oyó un estampido.

—¡Dios mío! ¡Lo han matado!

Paul la ayudó a levantarse.

—¿Puedes sostenerte?

—Corre, Paul. Fueron por la izquierda.

El joven la dejó apoyada en el tronco de una palmera y echó a correr por entre los setos.

La muchacha sacudió la cabeza. Se tocó en el lugar donde la habían golpeado. Le había aparecido una hinchazón, pero no tenía ninguna herida. Poco a poco le iba pasando el aturdimiento. Al parecer, el estampido no había sido oído por ninguna otra persona porque allí no acudió nadie.

Echó a andar hacia el lugar por el que había desapareado Paul.

Se detuvo al verlo con una rodilla en tierra, ante Arlequín, que estaba tendido boca arriba.

—¡Tío Bernard! —gritó.

Tenía un agujero en el pecho por el que manaba un hilillo de sangre.

Paul quitó la máscara a Arlequín.

Entonces Simone lanzó otro grito porque Arlequín no era su tío, sino Phil Donen, el secretario.

## CAPÍTULO IX

Simone y Paul habían abandonado el club Paradise sin que fuesen molestados, ya que sólo ellos conocían la existencia del cadáver.

—Tendremos que avisar a la policía, Paul.

—De momento no lo haremos. Sería demasiado complicado y nos culparían a los dos. ¿Imaginas la cara que pondrían si les relatáramos la historia del mandarín?

—Sí, tienes razón.

—Hemos de puntualizar las cosas antes de que hables con Dobson. Arlequín era Phil Donen. Él se hizo pasar por su tío.

—No, Paul, quien me habló era éste.

—No puedes estar segura de eso. Una voz se puede simular. Donen pudo hacerlo perfectamente.

—Pero el hombre disfrazado de chino también se dirigió a Arlequín como si fuese mi tío.

—También él lo tomaría por Bernard Gilles.

—No comprendo absolutamente nada.

—Vamos al hotel, quizá Dobson nos ayude un poco.

Fueron directamente a la habitación de la joven.

Paul se quitó la máscara y sentóse en una silla. Encendió un cigarrillo.

—Voy a cambiarme —dijo Simone y entró en el cuarto de baño.

A poco, regresó al dormitorio, ya sin el disfraz, con falda negra y blusa blanca.

Llamaron a la puerta.

Simone señaló a Paul el cuarto de baño y él se metió allí. Cuando estuvo sola, la joven acudió a abrir.

James Dobson entró en la habitación con un humeante cigarrillo

en los labios.

—Buenas noches, señorita Limat.

La joven cerró y, cuando él se hubo vuelto, preguntó:

—¿Qué es lo que descubrió, señor Dobson?

El investigador privado chasqueó la lengua.

—Éste no es el comienzo. Quiero ver antes el color de su dinero.

La joven hizo un gesto afirmativo y tomó su bolso. Extrajo un fajo de billetes que alargó a Dobson.

—No pude conseguir más de momento.

James contó el dinero.

—Aquí sólo hay ciento veinticinco dólares. ¡Qué pena! —Dobson guardó los ciento veinticinco dólares y se dirigió hacia la puerta.

—Eh, ¿adónde va, señor Dobson?

—Me marchó.

—No puede hacer eso. Ha de contármelo.

—Oiga, ¿piensa que soy un estúpido? ¿Ha creído que por esa cantidad iba a contarle lo que sé? —Ladeó la cabeza sonriente—. Señorita, procure reunir el dinero mañana. Estoy seguro de que tendrá amigos que podrán sacarla del apuro.

—Estoy aquí sola... Dígame algo...

—Sólo le puedo decir una cosa, que cuando me entregue ese dinero sabrá dónde está su tío.

La puerta del baño se abrió y Paul salió diciendo:

—Eso lo vamos a saber ahora, Dobson.

El detective hizo un gesto de sorpresa.

—Vaya, tenía un ratón escondido y es el marinerito que enamora a las turistas...

Paul conservaba la camisa, los pantalones y las botas de su disfraz de mosquetero.

Continuó andando hacia Dobson mientras decía:

—Será mejor que empiece a escupir su información, Dobson.

El detective movió la mano hacia la axila.

Paul le pegó en la muñeca cuando sacaba el arma.

El detective dejó caer la pistola en el suelo, pero soltó un rodillazo en el vientre de Paul.

—Maldito, te voy a sacar los ojos.

Paul levantó los brazos y logró desviar el puño de Dobson que iba derecho a su cabeza.

Replicó con un terrible izquierdazo que lanzó al detective contra la puerta.

Dobson soltó un gemido y trató de atacar otra vez, pero estaba muy debilitado.

Paul lo golpeó de nuevo, ahora en la quijada, y el detective se derrumbó en el suelo.

Paul se agachó sobre su enemigo y lo atrapó por la solapa.

—Vas a decirlo todo.

—¡Váyase al infierno, marinero!

Paul lo abofeteó en la cara.

—Te voy a sacar la dentadura, Dobson.

—Párate un momento, muchacho.

—Empieza a hablar.

—No tengo nada que decir.

Paul lo abofeteó otra vez.

—Prueba de nuevo, Dobson.

—Es mentira. No tengo ninguna información.

Paul levantó el puño para estrellarlo en la cara de Dobson.

—No me pegues, Paul. Te juro que es cierto. Sólo era un chantaje. Vi una oportunidad para sacar dinero, pero no me moví para investigar.

Simone intervino.

—No puede engañarme ahora. Usted sabe algo, señor Dobson.

—Le juro que no.

—Me llamó al Paradise, dijo que iba disfrazada de campesina húngara.

—Eso fue muy sencillo. Yo estaba en el vestíbulo del hotel, leyendo un periódico, cuando usted pasó vestida con ese disfraz.

—Iba con la máscara.

—Pero la reconocí. Hay cosas que no se pueden disimular. Me limité a seguirla hasta el Paradise. Luego dejé pasar un poco de tiempo e hice la llamada. ¡Le juro que no sé nada de su tío Bernard...! No hice ninguna investigación. Tenía un trabajo pendiente.

—¿Qué trabajo? —preguntó Paul.

—Tenía montado un tinglado para sacar dinero a un turista.

—Cochina alimaña —dijo el joven y lo volvió a golpear enviándolo al suelo.

Dobson corrió a gatas para librarse del hombre que lo había vencido.

Paul atrapó la pistola y, jugueteando con ella, se acercó al detective.

—¿Qué vas a hacer, Paul? —Gruñó Dobson.

—¿Tú qué crees?

James miró con ojos asustados la pistola.

—No puedes hacerme daño.

—Dime una razón para que no lo haga.

—No acepté el trabajo en serio. Sólo quería sacarle el dinero.

—Supón que ella te hubiese dado los dos mil dólares...

—Le hubiese colocado una historia.

—¿Qué historia?

—Que su tío Bernard se había ido a Trinidad o a cualquier otra isla. Que había recibido el informe de un confidente. Soy un tipo de mucha inventiva y no me habrían faltado buenos argumentos para hacerla picar.

—Sí, claro, tú eres un tipo muy listo y ella habría tenido que creerte después de tener en tus manos los dos mil dólares.

Dobson llevó aire a los pulmones y dijo con los labios todavía temblorosos:

—He dicho la pura verdad.

—Sería la primera vez en tu vida que la dijeses, pero no te creo.

—¡Maldita sea! —exclamó Dobson—. ¿Qué tengo que hacer para que te convenzas? Nunca he jugado limpio con nadie, sólo me interesa el dinero fácil. ¿No estás de acuerdo, Paul?

—Eres una sabandija. Anda, dame el dinero que le sacaste a la muchacha.

James le devolvió los dólares.

—Lárgate ya, Dobson —ordenó Paul.

—Dame la pistola.

—Te irás solo. El arma se queda.

—Eso no puede ser. Tengo la licencia y la policía la registró a mi nombre.

—Qué pena que pueda ser disparada por alguien, ¿verdad, Dobson? Ibas a sufrir mucho. ¡Fuera o te dejo sin nariz!

James cruzó la habitación muy aprisa y desapareció sin agregar una sola palabra.

Cuando la puerta se hubo cerrado tras el detective.

Simone preguntó:

—¿Crees, de verdad, que no sabe nada de mi tío?

—Ese tipo es incapaz de trabajar limpio, ya lo oíste. Cuando me dijiste que lo habías contratado, no tuve ninguna esperanza de que él nos sirviese de ayuda.

—Dios mío, ¿y qué hacemos ahora? Sólo sé una cosa, que tío Bernard está en peligro.

—No tenemos siquiera constancia de que esté vivo. Perdona, pero es así.

—Continúas pensando que el Arlequín que me habló era el que vimos muerto, Phil Donen... Bueno, quizá no te falte razón. Estoy confusa... Llegaré a pensar también que estoy loca...

—No, no lo estás. Todo lo que dijiste ha resultado cierto. Ya no tenga ninguna sombra de duda de que viste a tu tío en aquel promontorio. Aquel hombre era Bernard Gilles y nadie más.

—No nos sirve de nada. ¿O has pensado que acudamos a la policía? Ahora el asunto está más complicado con la muerte de Donen.

—Sólo hay un camino, Simone.

—¿Cuál?

—Frank Lowe. Él sabe todo lo que se refiere a tu tío Bernard.

—Sí, Paul, yo tengo la misma impresión... Mi tío estaba cerca de su casa y también Lowe intentó matarme.

—Voy a echar una parrafada con él.

—Iré contigo, Paul.

—De ninguna forma.

—Tengo derecho a acompañarte.

Paul le mostró la pistola.

—Tengo una buena compañía. Me permitirá arrancar la verdad a Lowe. Compréndelo, Simone. Sólo podrías ser un estorbo.

—Está bien, Paul.

Se acercó a la joven y le acarició la cara.

—Aprovecha el tiempo para dormir un poco. Cuando sepa algo, te llamaré o vendré en tu busca.

La besó en los labios con suavidad y luego salió de la habitación.

Al quedar sola, Simone encendió un cigarrillo. Estaba muy nerviosa. No, no podía quedarse en aquella habitación esperando

noticias de Paul. Y por otra parte, ¿quién le aseguraba a ella que éste iba a lograr un éxito en su misión?

Abandonó el hotel con la idea de tomar un taxi para ir a casa de Lowe.

De repente sintió que alguien la tomaba por el brazo.

Se volvió y quedó asombrada al ver ante ella a Frank Lowe.

—Usted...

El hombre sonrió.

—¿Cómo está, señorita Limat? Parece que terminó pronto la fiesta...

—Sí.

—¿Dónde iba?

—A pasear. Hace tanto calor...

Frank se cubría con un *smoking* impecable.

—¿Me permite invitarla?

—Oh, sí, desde luego.

Simone pensó que era bueno que Frank estuviese allí. No podían ir mejor las cosas. Paul tendría más facilidades para registrar la casa. Debía retener a Lowe todo el tiempo posible.

—Tengo el coche aquí cerca —dijo éste.

Se metieron en el auto y Lowe puso el vehículo en movimiento.

—¿Adónde vamos, Frank?

—A un restaurante de la costa. Le gustará.

Simone pensó en la mina de cobre y en lo que había pasado allí. Frank le había dicho igualmente que le gustaría el paisaje y ella estuvo a punto de perder la vida. ¿Lo intentaría otra vez...? No sería nada extraño. Debía estar preparada.

—¿En qué piensa, Simone?

—Ahora en nada...

—A veces resulta bueno hacer descansar la mente.

La joven se dijo que él decía aquellas palabras para meterle miedo.

La mente descansaba en absoluto cuando se estaba muerto. ¿Habría querido decir aquello?

El restaurante elegido por Frank era maravilloso. La terraza parecía suspendida en el abismo, entre las rocas. Había muchas parejas, las mesas discretamente iluminadas por luces indirectas. Era un local caro.

Frank encargó *whiskys*.

—¿Qué ha sabido por Dobson, Simone?

—Oh, nada...

—Lo vi salir del hotel.

Ella miró la cara de Lowe. Otra vez, como en la mina de cobre, parecía tallada en piedra.

—Eso quiere decir que estaba vigilando mi hotel, Frank.

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque usted me interesa.

—¿En qué aspecto, señor Lowe?

—Me he enamorado de usted.

—No es posible.

—Soy un hombre normal, aunque usted piense otra cosa. Los hombres acostumbran a enamorarse de las mujeres... Usted es muy hermosa, Simone. Desde la primera vez que la vi, logró atraer mi atención.

Hubo un silencio y Frank se echó a reír.

—¿De qué se ríe?

—De mí mismo.

—¿Por qué?

—Le he dicho cosas muy vulgares. Le debo parecer un colegial.

—No.

—La verdad es que, como productor teatral, tengo una gran experiencia con las mujeres. Sin embargo, nunca me había enamorado hasta ahora.

—¿Cree que he tomado en serio eso?

—¿Por qué no?

—No creo que sea sincero.

Frank tomó una mano de ella entre las suyas.

—Voy a darle una prueba concluyente, Simone.

—¿Sí?

—Cásese conmigo.

La joven pestañeó boquiabierta.

—No puede estar hablando en serio, Frank.

—Conozco un lugar donde nos casarán dentro de media hora.

—Pero eso es absurdo...

—¿Dónde está lo absurdo? ¿O es que me rechaza?

La joven se humedeció los labios con la lengua. Decidió seguir adelante. No, ella no estaba enamorada de Frank. Jamás se casaría con él, pero quería aprovechar aquella oportunidad. Sería como jugar con fuego, pero no tenía opción.

—Me casaría con usted si me lo contase todo, Frank...

—Contarle, ¿el qué?

—Lo referente a mi tío.

Éste sonrió, torciendo ligeramente la boca.

—No hay nada que contar.

—¿Lo ve? ¿Cómo quiere que me case con usted? No me tiene confianza.

—Usted no tiene nada que ver con Bernard Gilles.

—¿Por qué dice eso? Soy su sobrina.

—No lo ve desde hace ocho años.

Simone sintió golpear otra vez su corazón contra las costillas. Tal como esperaba, Lowe sabía muchas cosas acerca de su tío Bernard y a ella le correspondía ahora arrancarle el secreto.

—Frank, quiero conocer este lío hasta en su menor detalle. Si usted me lo aclara, yo iré con usted adonde quiera y nos casaremos.

Frank la miró intensamente a los ojos. Sacudió la cabeza sin dejar de sonreír.

—Le acepto la oferta, pero a la inversa.

—¿Qué quiere decir?

—Es la mar de sencillo. Nos casamos y luego le cuento lo de su tío.

Simone sintió un hormigueo en todo el cuerpo.

—¿Cómo sé que va a cumplir su palabra, Frank?

—¿Y yo cómo sé que usted va a cumplir la suya, Simone?

—Eso quiere decir que ninguno de los dos nos tenemos confianza.

—¿Y cómo lo arreglamos?

—Sólo existe una fórmula. Lo echaremos a suerte.

—¿Con una moneda?

—Sí.

Frank sacó una moneda y la mostró por los dos lados.

—No hay raspa, Simone —dijo—. ¿Qué elige?

—El escudo.

—¿La arroja usted o yo?

—Usted mismo, Frank.

Lowe tiró la moneda al aire y la agarró poniéndola sobre el dorso de la otra mano. Quedó en esa posición mirando a los ojos de Simone.

—La suerte está echada.

—Descubra la moneda.

Frank apartó la mano exhibiéndola. Había perdido Simone.

—¿Conforme? —dijo él.

—Sí.

La joven agarró su vaso y bebió un largo trago. Ahora estaba más confusa que nunca. Se iba a casar con Frank Lowe, a quien no quería. Pero había hecho un pacto con él. Sólo convirtiéndose en su esposa conocería el secreto relacionado con su tío Bernard.

—¿Vamos, querida?

Ella asintió con la cabeza.

Frank la tomó del brazo y abandonaron el restaurante.

Ahora este condujo más aprisa, apretando a fondo el acelerador.

—Llegaremos en diez minutos —dijo.

Simone no contestó nada.

Poco después, Lowe detuvo el auto en un barrio residencial de Kingston, ante una casa rodeada por un jardín. Saltó fuera y tomó a Simone del brazo.

Ella miró la puerta de la casa. Cuando saliese de allí sería la mujer de Frank Lowe. Entonces se dio cuenta de una cosa. Estaba enamorada de Paul Burnett.

## CAPÍTULO X

—Frank —dijo Simone—. ¿Trae los documentos que se necesitan para celebrar el matrimonio?

—No se preocupe. Elegí el sitio adecuado. No hace falta nada de todo eso. El juez es amigo mío y me facilitará las cosas.

Estaban en el porche de la casa.

Frank oprimió el timbre.

Transcurrieron unos segundos y la puerta fue abierta por una mujer de unos cincuenta años.

—Oh, es el señor Lowe, Cary.

—¿Cómo está, señora Masón? —dijo éste—. Le presento a mi prometida.

—Oh, qué sorpresa. No me digan que vienen a casarse.

—Justamente a eso.

—Cary, ¿lo has oído...? Frank se va a casar. Pínchame y no me sacarás una sola gota de sangre.

Simone y Frank entraron en la casa.

Un hombre de unos sesenta años, de cabello blanco, salió a su encuentro. Frank lo presentó. Era el juez Gary Mason.

—Déjeme que la bese en la frente —dijo el juez a Simone—. Tendrá usted un gran marido.

—¿Por qué dice eso, juez?

—Nunca hubiese creído que hubiera nacido la mujer capaz de llevar a Frank por la senda del matrimonio.

—¿Qué os parece ella? —preguntó Lowe.

—Preciosa —sonrió la señora Mason.

—Otro beso —dijo el juez y volvió a besar a la novia.

La señora Mason le pegó con el codo en el costado.

—Ya está bien, juez, o pensaré que empiezas a cansarte de mí.

El juez se echó a reír.

—Perdona, juez —intervino Frank—, pero ella y yo tenemos un poco de prisa. ¿Podemos celebrar la ceremonia más rápida que autorice la ley?

—¿Valen tres minutos?

—Déjalo en dos y medio y te pagaré la tarifa doble.

—Trato hecho.

—¿No se necesitan dos testigos? —dijo Simone.

—Eso está solucionado —contestó la señora Mason y se fue hacia una puerta—. Anna, ven aquí, te necesitamos.

Apareció una negra secándose las manos en un delantal.

—Vas a actuar de testigo, Anna —dijo la señora Mason.

—¿Cuántas veces he actuado de testigo en ésta, vida? Desde que estoy en esta casa he perdido la cuenta... Puede ser trescientas o cuatrocientas veces.

Simone, que había estado buscando un obstáculo para suspender la ceremonia, se sentía al borde de un abismo, igual que allá arriba, cuando colgaba del arbusto.

Frank la tomó del brazo.

—¿Estás preparada, querida?

—Sí.

El juez abrió un libro de tapas negras.

Detrás de los contrayentes se colocaron la señora Mason y Anna.

El juez carraspeó para empezar la ceremonia.

En aquel momento se puso a sonar el teléfono.

—Vaya, una interrupción —dijo el juez—. ¿Quieres ponerte tú, Villa?

La señora Mason se acercó a la mesa y atrapó el teléfono.

—¿Sí? —dejó pasar unos segundos—. Está aquí —cubrió el micro con la mano—. Es para ti, Frank.

—¿Para mí? ¿Quién llama?

—No ha querido decir su nombre.

Lowe recogió el teléfono de manos de la señora Mason.

—Frank al habla... ¿Cómo? —Sus ojos se detuvieron en el rostro de Simone—. De acuerdo voy enseguida... Llevaré compañía...

Colgó.

—Lo siento, hemos de suspender la ceremonia.

—Sólo llevará tres minutos —dijo el juez Mason.

—No te preocupes, Gary. Volveremos esta misma noche.

—Eh, también dormimos nosotros.

—Pero se puede hacer un favor a un amigo. Gracias por todo. —

Frank asió del brazo a Simone—. Vamos, querida.

Simone se estaba preguntando quién habría hecho la llamada a Frank, pero otra cosa le intrigaba más. ¿Por qué aquella urgencia si el juez les había dicho que en tres minutos los casaría?

Cuando el coche corría por la autopista, ella comentó:

—Pudimos casarnos. Al fin y al cabo, duraba poco tiempo.

—Me lo prohibieron.

—¿Qué, Frank?

—Ya lo oíste, nena. Me dijeron que no podía casarme contigo.

Que aplazase el matrimonio.

—Pero ¿quién sabía que nos íbamos a casar?

—Se lo dije a cierta persona.

—¿Y cómo sabías que yo te iba a responder afirmativamente?

—Es la mar de sencillo. Estaba tu tío por medio.

—De modo que, si yo no hubiese sacado la conversación de mi tío, lo habrías hecho tú.

—Sí, querida.

—Cuéntamelo todo, Frank.

—No puedo.

—Has de cumplir tu palabra.

—No nos casamos.

—Pero eso no fue culpa mía, Frank.

—Nena, has de tener un poco de paciencia.

—Frank, por lo que más quieras, ¿qué pasa con mi tío?

—Nena. Lo sabrás a su debido tiempo.

—¿Cuándo?

—Muy pronto.

—¿Esta noche?

—Sí. Será esta misma noche.

El convertible corría a más de setenta millas por hora por la autopista.

—¿Adónde vamos, Frank?

—A mi casa.

La joven sintió que el corazón le daba un vuelco.

—¿Por qué a tu casa?

—Surgió un contratiempo. Un tipo se las quiso dar de listo.

Simone apretó los puños sobre los muslos.

—¿A quién te refieres?

—A tu marinero.

—No comprendo.

—Trató de introducirse en mi casa durante mi ausencia.

—Pero dijiste que estabas solo, que no había nadie allí.

Frank la miró.

—Vaya, ¿estás al corriente de eso?

—No.

—Sí, nena, sabías que Paul iba a ir allí.

—Te he dicho que no.

—Ahora comprendo unas cuantas cosas.

—¿Qué es lo que entiendes, Frank?

—Tu conformidad para el matrimonio. Sólo querías retenerme.

—¿Qué estupideces se te ocurren, Frank? ¿Piensas acaso que iba a convertirme en tu esposa sólo por retenerte?

—Eso lo sabré muy pronto, cuando ajuste las cuentas a Paul.

—No tienes necesidad de arreglar cuentas con nadie.

—Estás a su favor, ¿eh?

—Oye, Frank, ha llegado la hora de que nos sinceremos.

—Estupendo. ¿Me quieres?

—No me refería a eso.

—¿A qué, nena?

—¿Vi, en realidad, a tío Bernard en el promontorio cuando naufragamos?

—Sí.

Simone cerró los ojos y los volvió a abrir.

—Paul sólo fue a tu casa a comprobar que yo no estaba loca.

—¿Qué es Paul para ti?

—¿Es que te extraña que lo llame por su nombre?

—Está bien, dejemos eso. Cometiste un error.

—¿Cómo puedes hablar así? No cometí ninguno. Había visto a mi tío. Vine a pasar una temporada con él. Su secretario me había dicho que estaba en México.

—Phil Donen —repitió Frank—. Menudo canalla...

Aquellas palabras sirvieron a Simone para convencerse de que Phil también formaba parte de la confabulación.

—¿Quién mató a Phil?

—Un hombre.

—Eso ya lo sé. Casi presencié el crimen. Pero ¿a quién obedecía?

—A mi jefe.

—¿Quién es tu jefe?

—Ya lo sabrás.

—Frank, todavía estás a tiempo de dar marcha atrás.

—¿Sí, nena? ¿Y cuál es el camino por el que me quieres llevar?

—Por el de la ley.

—Pareces una actriz de un folletín malo.

—Frank, ¿por qué no me lo cuentas todo? Te repito que aún es tiempo de rectificar... Camino a oscuras en este asunto, pero tú puedes iluminarlo.

—Continúas representando un papel deleznable, querida.

—Es cierto, yo convencí a Paul para que fuese a la casa. Decidimos trabajar conjuntamente.

—Es nuestro prisionero.

—¿Vuestro prisionero? ¿Con qué derecho?

—Nena, mi casa es una propiedad privada, nadie puede entrar allí sin mi permiso. Así lo dice la ley.

—¿Qué han hecho con él?

—Tuvieron la ocurrencia de dejarlo vivo.

—¿Cómo puedes hablar así?

Frank contestó con los dientes apretados.

—Pero yo me voy a ocupar de tu Paul.

—Lo dejarás tranquilo.

—Nena, debiste marcharte...

—Has dicho que te enamoraste de mí.

—Es cierto.

—Si hubiese tomado el avión de regreso, no habrías tenido oportunidad de hacerlo.

—Hay muchas mujeres.

—¿Qué clase de amor es el tuyo para contestar de esa forma?

Lowe frenó bruscamente el coche y se echó sobre Simone, apretándola por el cuello.

La joven lanzó un grito, pero él la aplastó contra el asiento.

—Escucha, nena. Me confiaron una misión y la he de cumplir hasta el final.

—¿A qué te refieres, Frank?

—Me prohibieron que hablase y no te voy a decir una sola palabra.

—Ahora estamos solos. Puedes hablar.

—He dicho que no. Será mejor que te mantengas callada. Me dijeron que te llevase allí.

—¿A mí? ¿Para qué?

—¿No lo imaginas? Para matarte...

La joven sintió que un escalofrío la recorría desde la cabeza a la punta de los pies.

—No, Frank.

—Eso es lo que quieren, liquidarte porque te has convertido en un obstáculo, pero yo no lo voy a consentir y tú tienes que ayudarme.

—Sí, Frank.

—Te mostrarás conforme con todo.

—¿Qué es todo?

—¿Otra vez con tus preguntas? Deja ya de interrogar... Se trata de un asunto de mucha envergadura. Hay gente por encima de mí, ¿lo oyes? Ellos son crueles, cuentan con personas que no vacilan en apretar el disparador de una pistola o utilizar el cuchillo. ¿Te vas dando cuenta? Es un juego de vida o muerte.

—Sí, Frank.

—Si te comportas como debes, continuarás viviendo. Sólo tienes que dar la conformidad a todo lo que te ordenen... Has de ser sumisa, obediente como una ovejita.

—Trataré de hacerlo.

—No se trata simplemente de que lo intentes, sino de que lo hagas. Esto no es un juego, nena. Es la vida real. Te lo he dicho ya, vas a conocer a tipos que no vacilan en matar y tú eres la víctima elegida. Vacila, pequeña, y habrás dejado de respirar.

—Tendré en cuenta tus consejos, Frank.

—Muy bien, así me gusta.

—¿Qué va a ser de Paul?

—No te intereses por él.

—Lo matarán, ¿verdad?

—Es necesario... Maldita sea, te dije que basta de preguntas.

—De acuerdo, Frank.

—No lo olvides en ningún momento. Sólo yo soy tú salvavida. Prescinde de mí y habrás llegado al final.

—No lo olvidaré.

Él le sonrió y dejó libre su cuello.

—Ahora podemos continuar el camino.

Puso en marcha el vehículo, el cual continuó su carrera por la autopista.

Simone se pasó una mano por donde él le había apretado. Le dolía. Los dedos de Frank eran como garfios.

—¿Tienes un cigarrillo?

—En la guantera. Enciende otro para mí.

La joven encendió dos cigarrillos y puso uno en la boca de él.

Hicieron el resto del viaje en silencio.

Por fin llegaron a la casa de Frank.

Una de las ventanas del piso bajo estaba iluminada.

Lowe llevó el auto a la cochera.

Descendieron del vehículo.

Él se acercó a la joven y le pellizcó la barbilla.

—Quiero que te comportes bien, Simone. Vamos allá.

La asió del brazo y fueron al porche.

Frank sacó el llavero para abrir la puerta, pero en ese momento lo hicieron desde el interior.

En el hueco se recortó la figura de un hombre de cabeza rapada, y cejas blancas.

—Te demoraste mucho, Frank —dijo.

—Vine todo lo aprisa que pude, Lionel.

El llamado Lionel observó a la joven.

—Bonita —dijo.

—¿Podemos entrar si has terminado ya el examen? —rezongó Frank.

—Eh, muchacho, ¿es que vas a tener celos?

—Vete al infierno.

Lionel se apartó del hueco para dejar paso a Simone y Frank.

La joven se encontró en el *living* con la amplia vidriera que ya conocía. Sentado en un sillón había un hombre de unos cincuenta años, de cabello negro, frente ancha y nariz un poco aguileña. Se cubría con un traje oscuro, camisa blanca y corbata azul.

No se levantó del sillón y sus ojos pequeños, de una gran

brillantez, apenas miraron a Frank, dedicando su atención a la muchacha.

—¿Es Simone Limat?

—Sí, jefe —contestó Lowe.

—Un buen ejemplar.

Ella apretó los dientes.

—El animal lo será usted —exclamó.

El hombre de la frente ancha sonrió.

—Supuse que tenía mucho coraje y compruebo que no estaba equivocado.

—¿Dónde está Paul Burnett?

—Eh, Frank, ¿no crees que ha hecho mal la pregunta? Lo lógico habría sido que preguntase primero por su tío.

Simone se mordió el labio inferior. Había cometido un error y trató de rectificar.

—No puedo creer que tengan aquí a mi tío.

—Sí, nena. Aquí está.

—¿Por qué lo han de tener en esta casa?

—Porque nos es necesario.

—No creo una sola palabra. Mi tío no está aquí, ¿lo oyen? ¡No está...! Sólo tienen a Paul.

Lionel Cabeza Rapada soltó una risita.

—Tantas mujeres que hay por ahí y has ido a enamorarte de la más peligrosa, ¿eh, Frank?

—Cierra el pico o te aplasto la nariz.

—Anda, ponme la mano encima y sabrás quién soy yo.

—¡Silencio! —ordenó el hombre de la frente ancha.

Frank y Lionel se estaban mirando con odio, pero ahora prestaron atención a su jefe. Éste se miró las uñas de la mano derecha y habló con voz engolada.

—Señorita Limat, espero que sea usted inteligente.

—¿Qué he de hacer para probarle que lo soy?

—Convencer a su tío.

—No le entiendo. ¿Convencerlo para qué?

—Verá, señorita Limat —hizo una pausa y alzó los ojos deteniéndolos en la bonita cara de la joven—. Su tío está trabajando para nosotros.

—¿Qué clase de labor?

—Realiza ciertos experimentos en un laboratorio.

—Aquí no hay ningún laboratorio.

—Lo hay, señorita Limat, y lo verá dentro de unos segundos, pero continuemos con lo de su tío. Va a hablar con él. Usted procurará quitarle de la cabeza su descabellada idea de hacer la huelga del hambre.

—¿Quién es usted?

—No necesita saberlo, pero si es un capricho le diré un nombre. Puede llamarme Kreuger.

Aquel hombre se levantó. Su talla era mediana y su vientre abultaba un poco.

—Venga conmigo, señorita Limat. Vosotros también, muchachos.

Ascendieron por la escalera, y Kreuger abrió la puerta cuyo tirador ella había visto moverse el día anterior.

—Así que yo no estaba equivocada... —dijo Simone.

Frank no hizo comentario alguno.

Pero la habitación estaba tan solitaria como ella la había visto.

Kreuger se acercó a la mesilla de noche y pasó una mano por detrás. Se oyó un ruido y una parte de la pared se movió dejando ver un hueco. Allí se veía una pronunciada escalera de caracol.

Kreuger sonrió a la joven.

—Va a conocer el resto de la casa, el laboratorio cuya existencia negó usted hace un rato.

Bajaron por la escalera, y Simone se encontró en una gran sala donde había retortas, probetas...

Un hombre en mangas de camisa estaba sentado en una silla leyendo un diario. A su alcance, sobre una mesa, descansaba una pistola.

En la parte de enfrente había otro hombre. Simone lo identificó enseguida.

—¡Tío Bernard! —gritó.

## CAPÍTULO XI

Bernard Gilles corrió al encuentro de su sobrina.

—Simone, ¿qué haces aquí?

Los dos se abrazaron y éste, después de besarla en la cara, dijo:

—Soy un estúpido, sé lo que significa... Te han hecho prisionera y también comprendo la razón.

—Te estuve buscando...

—Debiste marcharte a Francia, alejarte de Kingston.

—Te vi en aquel promontorio haciendo señales y te reconocí, tío.

—Logré escapar de las manos de estos canallas. Vi aquella embarcación y quise que me ayudasen. No sabía que tú eras uno de los viajeros. No lo supe hasta que estos hombres me lo dijeron... Me atraparon otra vez mientras estaba esperando que la lancha se acercase a la costa.

Kreuger dejó oír su voz.

—¿Han terminado ya de abrazarse?

Bernard se apartó de la joven.

—Es usted un miserable, Kreuger.

—Oiga, profesor, ya me ha dicho muchas cosas. ¿Por qué no se porta ahora como un buen chico y termina su famoso experimento?

—Nunca lo haré. Mi respuesta sigue siendo la misma que antes.

—Qué lástima, profesor. Creí que las cosas cambiarían ahora un poco.

—No han variado en nada.

Simone preguntó:

—¿De qué se trata, tío Bernard?

El hombre de ciencia cabeceó.

—Quieren que les proporcione un arma mucho más terrible que

la bomba de hidrógeno; algo que descubrí sin darme cuenta, cuando realizaba mis experimentos en Francia hace ocho años.

—¿Qué es, tío?

—Algo que si se emplease destruiría la especie humana.

—Pero estos hombres no querrán utilizar una cosa así.

—No, pero los hombres que lo tuviesen en sus manos lo usarían como chantaje contra el resto de la humanidad. ¿Te das cuenta, Simone? Ellos serían los dueños, los amos, y los demás los siervos.

—Ande, profesor —sonrió Kreuger—. Diga a su sobrina qué clase de arma es.

—Es un virus, Simone.

—Pero ¿cómo podría inocularse?

—No hace falta inocularlo. Bastaría transportar los cuerpos en los que el virus se desarrolla a las regiones donde invernán las aves migratorias. Descubrí que esa clase de pájaros eran los vehículos adecuados para transmitir el virus. Además, sobre ellos se reproduce a una velocidad escalofriante... Una de esas aves se convertiría en algo con más fuerza destructiva que cien bombas de hidrógeno. Éstas, a su regreso a sus países al final del invierno, irían contaminando la tierra por donde pasasen. La vida humana se extinguiría en un espacio de tres semanas.

—¿No existe antídoto?

—No, Simone. Traté de conseguirlo pero no pude.

—Pero si se emplease ese virus moriría todo el mundo.

—Es cierto, muchacha, existiría ese peligro si cayese en manos de un loco o de personas como éstas... Además, bastaría un descuido para que el virus se propagase. En ese caso, serían necesarios cuatro o cinco años para acabar con la vida humana, pero si en ese plazo no se lograba el antídoto, prácticamente sería igual que si hubiesen empleado las aves migratorias.

Kreuger sonrió.

—No se preocupe, profesor. Nosotros haremos buen uso de su descubrimiento.

—No, Kreuger. No lo conseguiré nunca.

—Tío, ¿qué significó tu viaje a México? —inquirió Simone.

—Yo no fui a México, sino otra persona que utilizó mi nombre. Tomaron todas las medidas para justificar mi ausencia.

—¿Por qué se quedó en tu casa tu secretario?

—Yo nunca tuve secretario. Ese Phil Donen era un hombre al servicio de Kreuger. Lo puso allí para evitar cualquier contingencia.

—Pero lo mataron.

—Eso lo ignoro.

La joven volvióse hacia Frank.

—¿Por qué matasteis a Donen?

Lionel Cabeza Rapada respondió:

—Phil Donen nos traicionó. Empezó a jugar con dos barajas. Estaba resentido contra el señor Kreuger porque le había quitado la novia.

Kreuger hizo una señal para que callase. Fue él quien habló.

—Donen quiso vengarse de mí y con ello cometió un grave error.

—¿A qué grave error se refiere?

—Al de telefonearte dándote ánimos para que prosiguieses la búsqueda de tu tío.

—Entonces era él el desconocido del teléfono...

—Sí, nena. Y también el muy estúpido se disfrazó de Arlequín para hacerse pasar por Gilles.

—Es absurdo que recurriese a mí. ¿Por qué no acudió a la policía?

—Hay una explicación muy sencilla para eso, nena. Phil se pasó dos años en un hospital de enfermos mentales. Creí que se había curado el muy estúpido. Esta vez le dio más fuerte. Pero ya recibió su castigo y ahora no ha tenido necesidad de la camisa de fuerza.

Bernard dio un paso hacia Kreuger.

—Mi sobrina no sabe nada de mis experimentos. Déjela marchar.

—Vaya, eso me gusta, profesor Gilles.

—Le he dicho que han de sacarla de aquí.

—Claro que sí, profesor, la sacaremos... El tiempo que deba permanecer aquí su sobrina va a depender de usted, profesor. Sólo tiene que hacer una cosa por nosotros. Terminar la última fase de su experimento.

—¿Un chantaje?

—Usted no nos ha dejado otro camino, profesor. Le dijimos que trabajase y que se haría famoso, que ganaría mucho dinero. Pero de nada sirvió. Se empeñó en no comer. De buena gana le hubiese impuesto un castigo, pero lo necesitábamos sano.

—Sólo son gusanos.

—Vamos, profesor, no se deje llevar por la ira... He leído todos sus libros y en uno de ellos decía: «La primera condición del sabio es que ha de ser paciente».

—Está bien —dijo Bernard—. Tendrán lo que quieren.

—Bravo, profesor.

—No, tío Bernard —exclamó la joven—. No puedes rendirte.

—Cállese, señorita Limat —ordenó Kreuger.

El profesor Gilles se pasó el dorso de la mano por la cara.

—Les facilitaré la última, fase del experimento tal como usted desea.

—No, profesor.

—¿Por qué no?

—Usted nos engañaría. ¿Me toma por idiota, profesor? Usted pondría cualquier fórmula complicada que resultase difícil de comprobar, al menos durante unas cuantas horas; el tiempo preciso para que su sobrina se pusiese a salvo... Pero no es eso lo que quiero de usted. El experimento lo ha de realizar con los aparatos con que cuenta, para que no pueda fallar. Para eso fue creado este laboratorio. Para que usted realizase sus experimentos en él.

—¿Cómo va a hacer la comprobación?

—Profesor, ha llegado la hora de decirle algo importante. Yo también soy una autoridad en Genética... Nunca podrá engañarme, de modo que será mejor que juegue limpio.

—Simone —dijo Bernard Gilles con voz ronca—. Acabo de hacer el último intento por salvarte la vida.

—¿Qué quiere decir, profesor? —inquirió Kreuger.

—Ya lo ha oído. Les iba a engañar escribiendo cualquier tontería en un papel.

—Celebro que admita su error. Ande, profesor, póngase a trabajar enseguida. Así no perderemos más tiempo, ni usted ni nosotros.

Bernard miró a los ojos de su sobrina.

—Perdona el daño que te voy a hacer, pero no puedo claudicar.

La joven sonrió.

—Tío, eres maravilloso.

—Pero Simone, ¿no te das cuenta? Esto te va a costar la vida.

—No me importa. Te juro que no.

La voz de Kreuger restalló como un látigo.

—¿De qué están hablando, estúpidos?

Al oír la respuesta de su sobrina, Bernard se había encontrado a sí mismo. Sus ojos se iluminaron con una luz nueva.

—Usted no concibe que un ser humano decida sacrificarse por sus semejantes, ¿verdad, señor Kreuger...? ¿O debo llamarle doctor?

—No puede consentir que su sobrina muera... ¡Sería un asesino! Bernard se echó a reír.

—Eso suena a cinismo, señor Kreuger. Quiere que le proporcione el arma con la que podría acabar con la humanidad.

—No voy a exterminar a nadie porque yo también quiero vivir. El descubrimiento sólo será utilizado para imponer un nuevo orden.

—No me engaña con su palabrería. Sé lo que quieren decir estas palabras. Otros antes que usted se cansaron de repetirlas una y otra vez, y algunas personas de mala y buena fe las creyeron. Pero conmigo no tiene nada que hacer.

—Le apuesto a que en poco tiempo cambia de opinión.

—No lo haré.

—Es muy ingenuo, profesor. ¿Piensa acaso que no voy a matar a su sobrina?

—Sé que lo hará.

—Entonces agregaré algo importante, señor Gilles —Kreuger miró a la joven y luego, al profesor—. Le voy a dar un plazo para que realice su experimento.

—Ahórreselo.

—Escuche hasta el final.

Se hizo un silencio y Kreuger prosiguió:

—El plazo, acabará cuando amanezca. Para entonces ha de haber terminado su trabajo, profesor. Si no lo ha hecho, su sobrina empezará a morir. ¿Lo oye bien? «Comenzará».

—Entiendo, la someterán a tormento.

—Enhorabuena, profesor. Lo comprendió bien.

—¿Qué clase de alimañas, son ustedes?

—Ya lo ha oído. Es mi última palabra. Ahora falta la suya.

Simone tomó a Gilles del brazo.

—Tío Bernard, no tengas en cuenta sus amenazas.

El profesor respiró agitadamente.

—Hija mía, no son hombres sino monstruos. Cometerán las

mayores barbaridades contigo.

—Tú no debes pensar en eso, tío Bernard, sino en el resto del mundo.

—Dios te bendiga por esas palabras, Simone.

Kreuger hizo una señal a Frank, el cual se acercó a la joven.

—Eres una estúpida. Tienes que alentar a tu tío, has de decirle que debe trabajar para nosotros. Respetarán tu vida, ya te lo dije, te casarás conmigo...

—No, Frank. Nunca me casaría contigo. A ningún precio.

Kreuger dejó oír su voz por detrás.

—Ya veo que tienes mucha influencia sobre la muchacha, pedazo de idiota. En lugar de enamorarla fuiste tú el que caíste en la trampa.

Kreuger dio dos pasos hacia el profesor y lo señaló con el brazo mientras proyectaba el maxilar hacia adelante.

—Le he hablado en serio, Bernard.

—No dudo que hará lo que dijo.

—Sí, profesor. Si al amanecer no ha realizado su experimento para mí, su sobrina deseará no haber nacido, y luego me ocuparé de usted...

Frank tomó a la joven del brazo y la empujó hacia la escalera.

Salieron por el mismo lugar que habían entrado y Kreuger tocó la pared cerrando el hueco. Luego pasaron a la habitación contigua.

—Ella quedará aquí prisionera hasta que amanezca.

—Yo me quedaré con ella —dijo Lowe.

—No, Frank. Tú, no. Será Lionel.

—¿Por qué ha de ser Lionel? Me corresponde a mí vigilarla.

—Soy yo el que da las órdenes y el que señala la misión de cada uno. Tú te vienes conmigo abajo, Frank. ¿Lo has oído?

—Está bien, jefe —aceptó este de mala gana.

Kreuger sonrió a la joven.

—Tu vida dependerá de lo que haga tu tío.

—Sabrá resistir.

En el silencio llegó a través de la ventana el canto de una cigarra.

—¿Oyes eso, nena?

Simone escuchó el chirrido del insecto.

—Si el profesor no me da lo que yo quiero, ya puedes estar

segura de que esa cigarra está cantando tu muerte.

Kreuger enseñó los dientes en una sonrisa y salió de la habitación.

—Cuidado con tocarla.

—Descuida. No la tocaré... hasta que lo mande el jefe.

Soltó una risita burlona y Frank hizo un gesto para ir a lanzarse sobre él, pero se detuvo al oír que Kreuger lo llamaba desde el corredor. Entonces salió de la habitación.

Lionel quedó solo con la prisionera y ésta se acercó a la ventana.

Oyó ahora con más claridad a la cigarra y recordó las palabras de Kreuger. Estaba segura de que su tío no participaría su terrible secreto a aquellos miserables.

La cigarra cantaba su muerte.

## CAPÍTULO XII

Paul Burnett volvió en sí al notar que lo estaban golpeando con una toalla mojada.

Rodó para escapar al castigo y oyó una carcajada.

—Vaya, el chico ya se recuperó.

Otra voz dijo:

—Ya era hora. Nos aburríamos, ¿eh, Marcel?

Paul se apoyó pesadamente en el muro. Sintió que le corría algo por el cuello y creyó que era sangre, pero sólo era agua.

Alguien proyectó la luz de una bombilla sobre su cara y eso laceró su cerebro como si otra vez lo hubiesen golpeado.

—Eh, muchacho, ¿es que no nos ves?

—No.

—Pues debes de estar ciego.

Lo volvieron a golpear con la toalla, pero esta vez Paul no pudo retroceder.

—Déjalo, Marcel. Quiero que nos vea.

Eso fue un descanso para el joven. Poco a poco recuperó la respiración.

Abrió otra vez los párpados. La pantalla ya no estaba proyectada hacia él.

Vio a los dos hombres y los recordó. Uno era de mediana estatura, fornido, de cabeza redonda y cogote liso. El otro era más alto, también de recia constitución. Tenía una enorme cicatriz sobre la ceja izquierda.

Había sido Marcel quien lo sorprendió al entrar en la casa por una ventana. Recordaba bien aquel momento cuando, al poner los pies en la habitación, creyó que le caía sobre la cabeza un rascacielos.

No llegó a perder el sentido inmediatamente y al levantarse los vio a los dos. El de la cicatriz había llamado Marcel al otro.

Y de pronto se lanzaron sobre él. Logró golpear a uno de ellos, pero había quedado en inferioridad de condiciones y bastaron unos segundos para que quedase fuera de combate.

—Te conocemos, pajarín —dijo Marcel—. Eres Paul Burnett.

—Magnífico.

—No te lo parecerá tanto cuando hayamos terminado contigo. ¿Qué viniste a hacer aquí?

—Vine el otro día cuando volcó mi barca.

—¿Y qué más?

—Me llegué para recoger algunas cosas de la barca...

—Continúa.

—Quise saludar al señor Lowe.

—No oímos sonar el timbre de la puerta.

—Tuve la impresión de que el señor Lowe no estaba.

—Vaya, cuando vas a ver a un amigo y te das cuenta de que no está, descerrajas la ventana.

—No lo hice. Estaba abierta. Eso fue lo que encontré sospechoso. Pensé que se había colado aquí un salteador.

El de la cicatriz se echó a reír.

—Eh, Marcel, ¿te gusta el cuanto del pajarín?

Marcel negó con la cabeza.

—No, Bryan, no me gusta nada.

—¿Continuaremos el concierto?

Marcel arrugó la nariz.

—Paul, te falta saber algo. Estás perdido. Sabemos por qué viniste aquí.

—¿Por qué lo hice?

—En busca de Bernard Gilles.

—¿Quién es éste?

—No seas estúpido, sabes bien quién es. Y para que dejes de decir tonterías, voy a agregarte otra cosa. Acaba de llegar la sobrina.

Paul sintió como si le dieran un tirón en la espina dorsal.

—No tengo nada que ver con esas personas.

—Imbécil, ¿qué vas a ganar con eso?... El profesor está aquí. Tiene que hacer un trabajo para nuestro jefe, pero el hombre se

empeñó en estar mano sobre mano. Ni siquiera quiso comer. Entonces a nuestro jefe se le ocurrió una bonita idea, traer aquí a la sobrina para convencer al profesor de que debe cooperar.

Paul no tuvo duda de que Marcel le estaba diciendo la verdad. Las cosas debían haber ocurrido así.

La puerta se abrió, y Frank Lowe entró en la estancia.

—Señor Lowe —dijo Paul—, protesto por este trato.

Frank miró despreciativamente al prisionero.

—¿Qué te ocurre, Burnett?

—Estos hombres me maltrataron.

—Eso no es nada para lo que te va a pasar.

—No le comprendo.

—Lo vas a entender enseguida —Frank se dirigió a Marcel—.

¿Le contasteis de qué se trata?

—Sí, y también le dije que la chica está aquí.

—Es cierto —asintió Frank—. La traje yo.

—¿Qué han hecho con ella?

—Todavía nada.

En aquel momento Kreuger entró en la habitación.

Frank y los otros dos hombres se apartaron respetuosamente.

Kreuger sacó un habano del bolsillo superior de la chaqueta y lo despuntó con los dientes mientras observaba a Paul.

—Tenía ganas de hablar contigo, Burnett.

—¿Quién es usted?

—Puedes llamarme como los demás Kreuger.

—¿De qué quiere hablarme, señor Kreuger?

—De ti, de tu vida, de las personas con que te relacionas.

—Soy un modesto marinero, señor Kreuger. Me gano la vida con una lancha llevando a la gente a pescar el pez espada.

—Eso ya lo sé.

—Ayer naufragué en este trozo de la costa.

—Eso es lo que ha llamado mi atención, que naufragases precisamente aquí.

—Nos atrapó un pequeño ciclón.

—Eres un hombre con experiencia en el mar, Burnett.

—Sí, señor, lo soy; pero, tratándose del mar Caribe, muchas veces no vale la experiencia.

—Me gustaría creerte, pero no puedo.

—¿Por qué no va a la playa y ve cómo quedó mi lancha? Eso le serviría para cerciorarse de que fue, en realidad, un naufragio.

—¿Cobrarás el seguro por la lancha?

—Sí, señor. Ya hice todos los trámites.

—No creas que no me he informado acerca de ti. Sé que naciste en la isla, Paul, y que desde hace muchos años te dedicas a negociar con los turistas, de lo contrario habría creído que eres un agente de la policía.

—¿Yo un agente de la policía? Resulta gracioso. No puedo ver a los polis ni en pintura.

—Sin embargo, has hecho de sabueso. La chica te interesó en el asunto de su tío.

—Al principio no quise meterme, pero la vi tan sola...

—Y tan linda, ¿verdad?

—Sí, es muy bonita la señorita Limat.

Frank levantó los puños.

—Te vas a tragar los dientes, Burnett.

—Si quieres que peleemos de hombre a hombre, ya puedes empezar.

Lowe fue a dar un paso, pero Kreuger lo detuvo con un gesto.

—No quiero peleas, Frank —hizo una pausa y sonrió—. Parece que la chica se las arregla bien para enamorar a los tipos como vosotros. En ese aspecto, sois todos igual de estúpidos.

Kreuger dio media vuelta y se dispuso a salir.

—¿Qué hacemos con él? —preguntó Frank.

—Despachadle.

—¿Cuándo?

—Para él no es necesario que esperéis al amanecer. Ahora.

—Sí, jefe —asintió Frank.

Kreuger salió de la habitación.

Paul había quedado inmóvil después de escuchar la sentencia pronunciada contra él por Kreuger.

—Eh, ¿qué dice ese tipo?

Lowe lo miró sonriente.

—¿Quieres que te lo repita? Te vamos a despachar.

—Pero ¿qué he hecho yo, maldita sea?

—Quisiste hacerte el vivo.

—¿Qué vivo ni qué infiernos? No pueden matar a nadie por

entrar por una ventana. Anden, traigan a la policía y ellos me enviarán a prisión por unos días...

—¿Te quieres hacer el idiota o lo eres de nacimiento?

Paul se adelantó hacia Frank con las palmas levantadas. Estaba haciendo teatro. No se resignaba a morir como una oveja en el matadero.

—Quédate ahí —dijo Lowe.

Pero no se quedó. Saltó en el aire.

Clavó la puntera del pie en el rostro de Marcel.

Al mismo tiempo trató de agarrar por la cabeza a Frank. Marcel se derrumbó lanzando un aullido de dolor y Lowe se abatió también.

Bryan, el único que no había sido alcanzado por el súbito ataque del prisionero, dio un chillido y sacó la pistola de la axila.

—¡Apártate, Frank, y lo balearé!

El aludido se hubiese apartado de buena gana, pero Paul lo tenía contra sí, utilizándolo como escudo. Al mismo tiempo, su mano derecha buscaba la pistola de éste.

Bryan vio lo que iba a pasar y se puso a apretar el gatillo.

Paul sintió cómo Frank se estremecía al recibir los impactos en el cuerpo. Luego le llegó a él el turno de disparar y lo hizo dos veces.

Bryan casi quedó decapitado como si un obús le hubiese pasado por el cuello.

Marcel, repuesto del golpe en el hígado, echó mano también al arma.

Paul se dobló ligeramente de costado y volvió a hacer fuego.

La cara de Marcel estalló como si en el interior de su cabeza hubiese hecho explosión un cartucho de dinamita.

Paul se levantó de un salto y abrió de un tirón la puerta saltando al *living*.

Kreuger estaba subiendo la escalera.

—Quieto ahí, compañero.

Kreuger hizo un gesto de perplejidad.

—¿Cómo es posible?

—Son cosas que pasan —dijo Paul y subió corriendo la escalera.

Se detuvo junto a Kreuger, poniéndole la pistola en el cogote.

—Lléveme donde está Simone.

—Se marchó ya.

—Otra negativa y le opero de las anginas.

—No dispare... —señaló la habitación en donde estaba la joven

—. Está ahí.

—¿Sola?

—Desde luego.

—Gracias, Kreuger. Acérquese a la puerta y abra.

El jefe se dijo que Lionel estaría preparado para acabar con aquel entrometido. Habría oído los disparos y tendría la pistola en la mano, lista para usarla.

—Abra la puerta, Kreuger.

El jefe de la pandilla hizo girar el tirador.

Paul dio un empujón a Kreuger, metiéndolo por el hueco.

Sonó un estampido. Otro.

Lionel hizo fuego sobre la primera persona que entró, sin detenerse a mirar quién era.

Kreuger se estremeció atrapado por dos plomos. Dio unos extraños pasos de *ballet* y se derrumbó.

Paul entró soltando plomo.

Lionel no había salido de su estupefacción, pero no tuvo oportunidad para salir porque dos postas le mordieron en la carne del estómago.

Lanzó un terrible aullido y se abatió estrellando la cabeza contra el tirador de la puerta.

Simone corrió hacia Paul y éste la abrazó contra sí.

—¡Tío Bernard, Paul!

—¿Dónde está?

—En un laboratorio secreto, pero hay un hombre con él.

—Dime el camino.

Pasaron a la habitación de al lado y la joven abrió el pasadizo, apretando en el lugar que lo había visto hacer a Kreuger.

—Quédate ahí —dijo Paul—. Bajaré solo.

Descendió por la escalera de caracol.

Sonó un disparo.

Paul se libró de la muerte porque la bala golpeó contra los barrotes de la escalera.

El hombre de abajo no pudo disparar otra vez porque Bernard cayó sobre él atrapándolo por los brazos.

—¡Suelte esa pistola! —gritó Paul.

El esbirro de Kreuger abrió la mano y dejó caer el arma al suelo porque tenía muy pocas probabilidades de seguir viviendo.

Entonces Simone bajó rápidamente.

Bernard dio un empujón al tipo que lo había vigilado y corrió al encuentro de la joven.

En ese momento, fuera de la casa, se oyeron chirridos de neumáticos.

Paul esperó pacientemente apoyado en la pared, con la pistola en la mano.

—¡Eh, Paul! ¿Está por ahí? —gritó una voz.

—¡Aquí, inspector!

Oyéronse pasos y apareció por la escalera de caracol Roger Lebrun.

Simone agrandó los ojos.

—Usted...

—¿Se encuentra bien, señorita Limat?

—Perfectamente.

Paul miró a Lebrun.

—Bueno, inspector, por poco no llega.

Éste se echó a reír.

—La verdad es que me podía haber ahorrado el viaje. Usted lo hizo muy bien, muchacho.

Simone acudió junto a los dos hombres.

—¿Quién es usted realmente?

—Allan Holmes, inspector al servicio de Su Majestad británica.

—Pero ¿cómo vino en el avión conmigo?

—Su tío, el profesor, había desaparecido, pero no conocíamos su paradero. Nuestros hombres investigaron también en París, cerca de usted, y de esa forma nos informamos de que se disponía a visitarlo en Kingston. Mi patrón me confió el trabajo de venir con usted, ya que tuvimos la impresión de que su presencia haría cambiar un poco las cosas.

—Paul lo conocía.

—Me conoció hace cuatro años durante un servicio que presté en la isla. Por eso se prestó a colaborar.

—Oh, Paul, ¿por qué no me contaste nada?

—Se lo prohibí yo, Simone —contestó Lebrun.

—Entonces la pesca del pez espada...

—Fue una excursión preparada. Quería que usted viniese con nosotros.

—¿Y el naufragio?

—Habíamos acordado que Paul simularía una avería en su lancha para hacer una arribada forzosa cerca de la casa de Lowe, pero el ciclón nos ayudó un poquito. Naturalmente, la aparición de su tío fue casual, pero eso nos indicó que estábamos en el buen camino.

—Cielos, aquí la única inocente he sido yo...

Paul la apretó contra sí y la besó en la punta de la nariz.

—Siempre deseé conocer a una mujer inocente.

Lebrun descendió por la escalera y estrechó la mano del profesor Gilles.

Arriba, en la escalera, Simone y Paul ya habían unido sus labios.

FIN

A vintage advertisement for Osborne VETERANO brandy. The background is a deep blue with a bright, sun-like starburst in the upper left corner. Two women are featured: one in a red dress with a black floral pattern, looking back over her shoulder and pointing her finger, and another in a white dress with a large green floral pattern, smiling and looking upwards. To the right is a bottle of Osborne VETERANO brandy. The bottle has a white label with 'OSBORNE' in large black letters, 'VETERANO' in red, and 'PUERTO DE SANTA MARÍA' at the bottom. The text 'BRANDY V.O.' is visible at the top of the label.

**GUSTA ESO**

**OIGA...**

eso tiene  
**VETERANO**  
un  
**VETERANO**  
sabor

**VETERANO es de OSBORNE**



**EDITORIAL BRUGUERA. S. A.**

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 8 ptas. • Impreso en España • Printed in Spain